

# DOCUMENTACION

## 1. DISCURSOS Y MENSAJES DE JUAN PABLO II EN EL SALVADOR

### 1.1. Llegada a El Salvador

**Señor Presidente,  
amados hermanos en el Episcopado,  
queridos hermanos y hermanas:**

Al pisar por vez primera tierra de El Salvador, quiero manifestar ante todo, mi gratitud al Señor Presidente y a las Autoridades de la Nación, quienes, junto con mis Hermanos en el Episcopado, me han dado la feliz oportunidad de visitar este País, que está particularmente presente en mi solicitud eclesial.

¡Gracias a todos por vuestro cariñoso recibimiento! Gracias a los que estáis aquí y también a los que, por motivos diversos, por algún contratiempo o por exigencias profesionales, solamente pueden acompañarnos en espíritu. Llegue a todos mi afectuoso saludo y mi cordial abrazo de paz en el Señor, empezando por el Pastor de esta arquidiócesis, Mons. Arturo Rivera Damas, el Presidente de la Conferencia Episcopal, Mons. José Eduardo Alvarez, los demás hermanos Obispos, sacerdotes, personas consagradas y laicos empeñados en el apostolado.

Desde hace tiempo estaba deseando que llegara este día, para testimoniar con mi presencia algo que ya sabiais de cierto: que el Papa está cerca de vosotros y comparte con dolor vuestros sufrimientos. ¿Cómo podrá un padre y hermano en la fe permanecer insensible ante las penas de sus hijos?

El Salvador ha estado constantemente presente en mis oraciones, en mis insistentes llamados a la paz, de palabra y por escrito, buscando a la vez que no desfallezca la fe ni decaiga la esperanza en los ánimos, a causa de una situación, todavía no irreparable, que ha sido sementera de dañosas divisiones y, peor aún, del derramamiento de tanta sangre inocente por todo el suelo nacional.

Hago votos para que las medidas anunciadas y todos los demás medios adecuados contribuyan al ordenado y pacífico progreso de la sociedad fundada en el respeto de los derechos de todos y en el que todos tengan la posibilidad de colaborar, en un clima de verdadera democracia, a la promoción del bien común.

Ojalá que esta visita que os hago bajo la enseña de la paz, ayude a detener el conflicto y a reunir de nuevo a esta querida familia salvadoreña en un hogar sereno, donde todos os sintáis hermanos de verdad. Que la buena voluntad de todos, y en particular de los hijos de la Iglesia, depuesto todo sentimiento de egoísmo y de odio, se aplique en adelante a promover la justicia, base hacia la esperanza, para lograr una tierra nueva, fecunda en frutos de verdad y de reconciliación cristiana.

Con ésta esperanza, bendigo desde este momento a todos los hijos de El Salvador.

### 1.2. Visita del Santo Padre, catedral metropolitana

En la Catedral que es la sede del Pastor de cada Iglesia particular; el lugar desde donde anuncia el Evangelio aquel que, como todo obispo, ha sido puesto por el Espíritu Santo para apacentar la grey de Cristo (Hch. 20.28).

Mi visita a este venerado templo quiere ser por lo mismo una invitación a todos vosotros para dejaros guiar siempre por vuestros Pastores, ayer por los que lo precedieron y hoy por vuestro Arzobispo Mons. Arturo Rivera Damas.

Reposan dentro de sus muros los restos mortales de Mons. Oscar Arnulfo Romero celoso pastor a quien el amor de Dios y el servicio a los hermanos condujeron hasta la entrega misma de la vida de manera violenta, mientras celebraba el sacrificio del perdón y reconciliación.

Por él, igual que por los otros venerados Pastores que a su tiempo apacentaron la grey salvadoreña, dirigimos nuestra

Plegaria al Dios justo y misericordioso para que su luz brille perpetuamente sobre ellos que se sacrificaron por todos y a todos llamaron a inspirarse en Jesús, el que tuvo comprensión de las multitudes, a la hora de comprometerse en la forja del mundo más justo, humano y fraterno en que todos queremos vivir.

### 1.3. Homilía: Paz y reconciliación

#### Amados hermanos en el Episcopado, queridos hermanos y hermanas:

1. Nos hallamos reunidos en este Metrocentro, para celebrar la Eucaristía del día del Señor, en el tercer domingo de cuaresma. A vosotros y, a toda la Iglesia de Cristo que camina hacia el Padre en El Salvador, —en particular al Pastor de esta querida arquidiócesis y a los otros hermanos Obispos— os saludo con afecto.

Esta Iglesia que, unida a todos los hermanos en la fe de América Central y del mundo, se congrega con el Papa junto al Altar del Señor, viene a buscar en El la raíz de su unión, de su vida y esperanza, la fuente de la paz y la reconciliación.

Porque el cristiano cree en el triunfo de la vida sobre la muerte. Por eso, la Iglesia, comunidad pascual del Resucitado, proclama siempre al mundo: "No busquéis entre los muertos al que vive" (Lc 24,5). Por eso halla en El, en Cristo, el secreto de su energía y esperanza. En El, que es "Príncipe de la Paz" (Lc 9,5), que ha derribado los muros de la enemistad y ha reconciliado mediante su cruz a los pueblos divididos (cf. Ef 2, 16).

2. Herida la humanidad por el pecado, fue desgarrada nuestra unidad interior. Alejándose de la amistad de Dios, el corazón del hombre se volvió zona de tormentas, campo de tensiones y de batallas. De ese corazón dividido vienen los males a la sociedad y al mundo. Este mundo, escenario para el desarrollo del hombre en el amor, padece la contaminación del "misterio de la iniquidad" (cf. Gaudium et spes, 103; cf. 2 Tes 2,7).

El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, con definida vocación de trascendencia, de búsqueda de Dios y de fraterna relación con los demás, atormentado y dividido en sí mismo, se aleja de sus semejantes.

Y sin embargo, no es el plan original de Dios que el hombre sea enemigo, lobo para el hombre, sino su hermano. El designio de Dios no revela la dialéctica del enfrentamiento, sino la del amor que todo lo hace nuevo. Amor sacado de esa roca espiritual que es Cristo, como nos indica el texto de la epístola de esta Misa (cf. 1 Cor 10,4).

3. Si Dios nos hubiera abandonado a nuestras propias fuerzas, tan limitadas y volubles, no tendríamos razones para esperar que la humanidad viva como familia, como hijos de un mismo Padre. Pero Dios se nos ha acercado definitivamente en Jesús; en su cruz experimentamos la victoria de la vida sobre la muerte, del amor sobre el odio. La cruz, antes símbolo de afrenta y amarga derrota, se vuelve manantial de vida.

Desde la cruz mana a torrentes el amor de Dios que perdona y reconcilia. Con la sangre de Cristo podemos vencer al

mal con el bien. El mal que penetra en los corazones y en las estructuras sociales. El mal de la división entre los hombres, que ha sembrado el mundo de sepulcros, con las guerras, con esa terrible espiral del odio que arrasa, aniquila, en forma tétrica e insensata.

¡Cuántos hogares destruidos! ¡Cuántos refugiados, exilados y desplazados! ¡Cuántos niños huérfanos! ¡Cuántas vidas nobles, inocentes, tronchadas cruel y brutalmente! **También de sacerdotes, religiosos, religiosas, de fieles servidores de la Iglesia, e incluso de un Pastor celoso y venerado, Arzobispo de esta grey, Mons. Oscar Arnulfo Romero, cuya tumba acabo de visitar.** quien trató, así como los otros hermanos en el episcopado, de que cesara la violencia y se restableciera la Paz. Al recordarlo, pido que su memoria sea siempre respetada y que ningún interés ideológico pretenda instrumentalizar su sacrificio de Pastor entregado a su grey.

La cruz derrumba el muro de separación: el odio. El hombre busca con frecuencia argumentos para tranquilizar su conciencia, la cual lo acusa si obra mal. Y llega a veces a elevar el odio a un rango tal, que se le confunde con la nobleza de una causa; hasta identificarlo con un acto restaurador de amor. Cristo sana en su raíz el corazón del hombre. Su amor nos purifica y abre los ojos para que distingamos entre lo que viene de Dios y lo que procede de nuestras pasiones.

4. El perdón de Cristo despunta como una nueva alborada, como un nuevo amanecer. Es la nueva tierra, "buena y espaciosa" hacia la que Dios nos llama, como hemos leído antes en el libro del Exodo (Ex 3,8). Esa tierra en la que debe desaparecer la opresión del odio y dejar el puesto a los sentimientos cristianos: "Revestíos de sentimientos de tierna comprensión, de benevolencia, de humildad, de dulzura, de paciencia; soportaos los unos a los otros y perdonaos mutuamente, si uno tiene contra el otro algo de qué quejarse. Es el Señor el que os ha perdonado, haced lo mismo a vuestro turno" (Col 3,12-14).

El amor redentor de Cristo no permite que nos encerremos en la prisión del egoísmo que se niega al auténtico diálogo, desconoce los derechos de los demás y los clasifica en la categoría de enemigos que hay que combatir.

He indicado en mi último mensaje para la Jornada de la Paz, al invitar a superar los obstáculos que se oponen al diálogo: "Con mayor razón hay que mencionar la **mentira táctica y deliberada** que abusa del lenguaje, recurre a las formas más sofisticadas de propaganda, enrarece el diálogo y exaspera la agresividad. Finalmente, cuando algunas partes son alimentadas con **ideologías** que, a pesar de sus declaraciones, se oponen a la dignidad de la persona humana, a sus justas aspiraciones, según los sanos propósitos de la razón, de la ley natural y eterna, —ideologías que ven en la lucha el motor de la historia, en la fuerza la fuente del derecho, en la clasificación del enemigo el a-b-c de la política— el diálogo

resulta difícil y estéril" (Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1983: "El diálogo por la paz, una urgencia para nuestro tiempo").

El diálogo que nos pide la Iglesia no es una tregua táctica para fortalecer posiciones en orden a la prosecución de la lucha, sino el esfuerzo sincero de **responder con la búsqueda de acuerdos a la angustia, el dolor, el cansancio, la fatiga de tantos y tantos que anhelan la paz. Tantos y tantos que quieren vivir, renacer de las cenizas, buscar el calor de la sonrisa de los niños, lejos del terror y en un clima de convivencia democrática.**

5. La cadena terrible de reacciones, propia de la dialéctica amigo/enemigo, se ilumina con la palabra de Dios que exige amar incluso a los enemigos y perdonarlos. Urge pasar de la desconfianza y agresividad, al respeto, la concordia, en un clima que permita la ponderación leal y objetiva de las situaciones y la búsqueda prudente de los remedios. El remedio es la reconciliación, a la que exhorté en mi carta dirigida al Episcopado de este país (6 agosto 1982).

El amor de Dios nunca desahucia mientras se peregrina en la historia. Sólo la dureza del hombre acosado por la lucha sin cuartel reviste de determinismo y fatalismo: se cree entonces erróneamente que **nadie puede cambiar**, convertirse y que las situaciones deberían más bien conducirse programáticamente hacia un irremediable deterioro.

Es entonces el momento de escuchar la invitación del Evangelio de este domingo: "Si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo" (Lc 13, 3,5). Sí, convertirse y cambiar de conducta, porque —como hemos escuchado en el salmo responsorial— Yahveh "hace obras de justicia y otorga el derecho a los oprimidos" (Sal 102,6). Por eso el cristiano sabe que todos los pecadores pueden ser rescatados; que el rico —despreocupado, injusto, complacido en la egoísta posesión de sus bienes —**puede y debe cambiar de actitud**; que quien acude al terrorismo, **puede y debe cambiar**; que quien rumia rencores y odios, **puede y debe librarse de esta esclavitud**; que los conflictos **tienen modos de superación**; que donde impera el lenguaje de las armas en pugna, **puede y debe reinar el amor**, factor irremplazable de paz.

6. Al hablar de conversión como camino hacia la paz, no abogo por una paz artificiosa que oculta los problemas e ignora los mecanismos desgastados que es preciso componer. Se trata de una paz en la verdad, en la justicia, en el reconocimiento integral de los derechos de la persona humana. Es **una paz para todos**, de todas las edades, condiciones, grupos, procedencias, opciones políticas. **Nadie debe ser excluido del diálogo por la paz.**

## 1.4. A los sacerdotes

### Queridos hermanos y hermanas:

1. En este encuentro dedicado a los sacerdotes de El Salvador y de toda el área de América Central, y que tiene lugar en el marco de este Centro educativo Beato Marcelino Champagnat, están también presentes los religiosos, religiosas y seminaristas salvadoreños que han querido venir a ver al Papa.

Aunque ya me he dirigido —o lo haré en los próximos días— a los sectores de la vida consagrada desde otras de las

Todos y cada uno en América Central, en esta noble nación que ostenta orgullosa el hombre de El Salvador; todos y cada uno en Guatemala y Nicaragua, Honduras, Costa Rica, Panamá, Belice y Haití; todos y cada uno, gobernantes y gobernados, habitantes de la ciudad, pueblos o caseríos; todos y cada uno, empresarios y obreros, maestros y alumnos, todos tienen el deber de ser artesanos de la paz. **Que haya paz entre vuestros pueblos. Que las fronteras no sean zonas de tensión, sino brazos abiertos de reconciliación.**

7. Es urgente sepultar la violencia que tantas víctimas ha cobrado en ésta y en otras naciones. ¿Cómo? Con una verdadera conversión a Jesucristo. Con una reconciliación capaz de hermanar a cuantos hoy están separados por muros políticos, sociales, económicos e ideológicos. Con mecanismos e instrumentos de **auténtica participación en lo económico y social, con el acceso a los bienes de la tierra para todos**, con la posibilidad de la **realización por el trabajo**; en una palabra, con la **aplicación de la doctrina social de la Iglesia**. En este conjunto se inserta un valiente y generoso esfuerzo en favor de la justicia, de la que jamás se puede prescindir.

Y esto en un clima de renuncia a la violencia. El Sermón de la Montaña es la Carta Magna del cristiano; "Bienaventurados los artesanos de la paz, porque serán llamados hijos de Dios" (Mt. 5,9). Eso debéis ser todos vosotros: Artesanos de la paz y reconciliación, pidiéndola a Dios y trabajando por ella. Sea un estímulo a ello el Año Santo Extraordinario de la Redención, que estamos para iniciar y el próximo Sinodo de los Obispos.

### 8. Queridos hermanos y hermanas:

Contemplo en esta muchedumbre de fieles y en los de toda América Central unidos a nosotros, un inmenso caudal de energías para la reconciliación y la paz. Estáis, con todo derecho, **sedientos de paz**. Surge de vuestros pechos y gargantas un clamor de esperanza. **¡Queremos la paz!**

Cristo que se ofrece por el mundo, y hacia cuyo misterio de reconciliación en la Cruz debe conducirnos el tiempo de cuaresma en que nos encontramos, es el Cordero de Dios que da la paz. Imploradla con todas vuestras fuerzas a Cristo, Príncipe de la paz, para vuestra querida patria, para toda América Central, para toda América Latina, para el mundo. La paz viene de Cristo y es auténtico abrazo de hermanos en la reconciliación.

Que María, Reina de la paz y Madre común, estreche a todos sus hijos en un abrazo de concordia y esperanza. Amén.

naciones cercanas, os saludo a todos muy cordialmente y os expreso mi profunda estima y agradecimiento por vuestra importantísima tarea eclesial. Pido al Señor que os dé fuerzas, aliento y esperanza para continuar generosamente en vuestro puesto. Y os bendigo a todos con gran afecto.

Ahora me dirijo a los sacerdotes. Siguiendo el consejo del Maestro, vengo a vosotros, presbíteros de una Iglesia que

ha sufrido y sufre todavía, como hermanos (cf. Mt 23,8) y amigo (cf. Jn 15,14-15) también como testigo de los sufrimientos de Cristo (cf. 1 Pe 5,11).

Quisiera saludaros uno a uno, llamaros por vuestro nombre, escuchar vuestra experiencia, llegar con cada uno de vosotros hasta el lugar donde se desarrolla vuestro ministerio en medio del Pueblo de Dios, en las ciudades o en los pueblos, entre los campesinos y los obreros. Quisiera sobre todo reiteraros mi afecto más profundo, el agradecimiento de toda la Iglesia por vuestro testimonio sacerdotal, el aliento para que permanezcáis fieles aun en medio de las dificultades.

2. En este momento breve e intenso de comunión sacerdotal, quiero confiaros algunas reflexiones que nacen del deseo de confirmar en vosotros la **identidad** de vuestro sacerdocio y el **compromiso** de vuestra misión aquí y ahora.

En nuestra vida sacerdotal tenemos necesidad de reavivar constantemente esa gracia que se nos ha dado por la imposición de las manos (cf. 2 Tim 1,6), como se aviva la llama entre las brasas. El recuerdo de la gracia sacerdotal, que permanece en nosotros para siempre en virtud del carácter, nos permite renovarnos en esa gracia de configuración a Cristo y de consagración en el Espíritu Santo. Es la gracia de una madurez **humana y cristiana**: "No nos dio el Señor a nosotros un espíritu de timidez, sino de fortaleza, de caridad y de templanza. No te avergüences pues del testimonio que has de dar de nuestro Señor..." (2 Tim 1, 7-8).

Somos por la ordenación ministros que actúan "**in persona Christi**", "**in virtute Spiritus Sancti**", con una plenitud humana fortalecida por esta gracia. Y esta verdad expresa la riqueza de un servicio eclesial que tiene como modelo a Cristo, el enviado del Padre, y cuenta en su misión con la fuerza del Espíritu. Sólo pensando en esta gracia no nos debe asustar nuestra debilidad, no tienen que flaquear vuestras fuerzas; no hemos de temer ante las dificultades que, por experiencia, sabéis se presentan en el ejercicio de nuestro ministerio de gracia y de reconciliación.

En efecto, tal vez la caridad pastoral que os debe animar y el deseo de mantener la paz y la comunión, exigen de vosotros el **don de la vida**, entregada momentos tras momento en una oblación cotidiana, o en la ofrenda completa como algunos de vuestros hermanos.

3. Con el recuerdo de la fidelidad a Cristo nuestro único Maestro y a su Evangelio, quiero exhortaros a mantener viva e íntegra la doctrina de la fe de la Iglesia, por la cual vale la pena entregarse hasta dar la vida.

No vale la pena darla por una ideología, por un Evangelio mutilado o instrumentalizado, por una opción partidista. El sacerdote a quien se le confía el Evangelio y la riqueza del depósito de la fe tiene que ser el primero en identificarse con esa **integridad doctrinal**, para ser a la vez el **transmisor fiel** de la doctrina de la Iglesia, en comunión con su magisterio. Una transmisión de la fe que no se limita a la propia diócesis o país, sino que ha de abrirse a la dimensión misionera de la Iglesia.

Por eso, para ser educador de la fe del pueblo, el sacerdote tiene que **beber el Evangelio a los pies del Maestro en horas de oración personal**, de meditación de la Escritura, de alabanza al Señor con la liturgia de las Horas debe profundizar y poner al día la comprensión eclesial del mensaje con un estudio asiduo que requiere un compromiso de formación permanente, tan necesario hoy para profundizar, puntualizar y actualizar los conocimientos de la teología en sus varias dimen-

siones: dogma, moral, liturgia, pastoral, espiritualidad. Todo ello sostenido por una auténtica teología bíblica.

4. Vuestro pueblo, sencillo e inteligente, espera de vosotros esa **predicación íntegra de la fe católica**, sembrada a manos llenas en el terreno fértil de una fe tradicional y acogedora, de una piedad popular que, si necesita siempre ser evangelizada, es ya campo surcado por el Espíritu para acoger esa evangelización y catequesis.

Las circunstancias dolorosas que atraviesan vuestros países ¿no son una exigencia de intensificación de esa siembra? ¿No pide vuestro pueblo **razones para creer y para esperar**, motivos para amar y para construir, que sólo pueden venir de Cristo y de su Iglesia?

Por eso no defraudéis a los pobres del Señor que os piden el pan del Evangelio, el alimento sólido de **la fe católica segura e íntegra**, para que sepan discernir y elegir ante otras predicaciones e ideologías que no son el mensaje de Jesucristo y de su Iglesia. En esa tarea eclesial está vuestro cometido prioritario. Recordad, mis queridos hermanos, que —como ya dije a los sacerdotes y religiosos de México— "no sois dirigentes sociales, líderes políticos o funcionarios de un poder temporal" (27 enero 1979).

Espera vuestra palabra fiel y autorizada una **juventud generosa**, que ya no cree en las fáciles promesas de una sociedad capitalista o que a veces sucumbe ante el espejismo de un compromiso revolucionario que quiere cambiar las cosas y las estructuras, recurriendo incluso a la violencia. ¿No están esperando también muchos jóvenes ese anuncio de un **Cristo que salva y libera**, que cambia el corazón y provoca una pacífica pero decisiva revolución, fruto del amor cristiano? Y si les fascinan otros líderes ¿no será porque no se les ha presentado adecuadamente, sin deformaciones, a Cristo?

5. Sois sacerdotes con una grave responsabilidad en esta hora de la Iglesia en vuestras naciones. En vuestras manos deposito una necesaria tarea de **comunión y de diálogo**.

El sacerdote, en efecto, es el servidor de la **comunión eclesial**. A él le corresponde congregar a la comunidad cristiana para vivir la Eucaristía de manera que sea la celebración del misterio de Jesús, la fuente y la escuela de la vida de las comunidades. Por eso, su lugar está ante todo en el altar; para predicar la palabra y celebrar los sacramentos para ofrecer el sacrificio y distribuir el pan de la vida.

Los fieles que necesitan una palabra de consejo y de consuelo quieren verlo disponible y fácilmente identificables, aun por su manera de vestir; todos los que necesitan la gracia del perdón y de la reconciliación esperan que les sea fácil encontrar al sacerdote en el ejercicio de este indispensable ministerio de salvación, donde el contacto personal facilita el crecimiento y maduración de los cristianos.

Hoy más que nunca, ante la escasez de sacerdotes y las grandes necesidades de la comunidad eclesial, el sacerdote está llamado a una inteligente misión de **promoción del laicado**, de animación de la comunidad, para que los fieles se responsabilicen de esos ministerios que les competen en razón de su bautismo.

¿Qué gozo puede experimentar el ministro de Cristo que ve formarse a su alrededor una comunidad madura, donde surgen los diversos ministerios de catequesis, de caridad, de promoción! ¿Qué alegría sobre todo cuando es capaz de colaborar con la gracia de Dios, para que **nuevas vocaciones sacerdotales** aseguren un relevo en medio de la comunidad cristiana! Permitidme que os insista en este deber que ha de inquietar el corazón de cada sacerdote: ser instrumento de pro-

moción vocacional con su palabra y oración, con su ejemplo, con el testimonio de una vida consagrada por entero al servicio de Cristo y de los hermanos.

6. El sacerdote tiene que ser el hombre del diálogo. En su tarea de mediador debe asumir con valentía el riesgo de hacer de puente entre diversas tendencias, de fomentar la concordia, de buscar soluciones justas ante situaciones difíciles.

La opción del cristiano y más la del sacerdote resulta a veces dramática. Aun siendo firme contra el error, no puede estar contra nadie, pues todos somos hermanos o, al límite, enemigos que tiene que amar según el Evangelio; tiene que abrazar a todos, pues todos son hijos de Dios y dar la vida, si es necesario, por todos sus hermanos. Aquí radica con frecuencia el drama del sacerdote, impulsado por diversas tendencias, acosado por opciones partidistas.

Llamado a hacer una opción preferencial por los pobres, no puede ignorar que hay una pobreza radical allí donde Dios no vive en el corazón del hombre esclavizado por el poder, el placer, el dinero, la violencia. También a estos pobres debe extender su misión.

Por eso, el sacerdote es pregonero de la misericordia de Dios y no sólo predicador de la justicia. Tiene que hacer resonar el mensaje de la conversión para todos, anunciar la reconciliación en Cristo Jesús, que es nuestra Paz y derriba todo muro de división entre los hombres (cf. Ef 2, 14). Este ministerio de los sacerdotes adquiere una importancia especial dentro del marco del Año Santo de la Redención, que he querido proclamar para que sea celebrado en la Iglesia universal.

Sed vosotros, queridos sacerdotes, testigos de esta redención universal. Proclamad conmigo: "Abrid de par en par las puertas a Cristo Redentor". Es como si el Señor quisiera ofrecernos la oportunidad de renovar aspectos olvidados quizá en nuestro ministerio sacerdotal: la predicación de la conversión a Cristo, necesaria para todos, abierta a todos; la llamada a la reconciliación, urgente para la humanidad, a todos los niveles. Convertidos y reconciliados, seamos nosotros ante los hombres, testigos y ministros de la redención de Cristo, dispuestos a dar la vida, si es necesario, por esta reconciliación de los hermanos.

7. La vida del sacerdote, como la de Cristo es servicio de amor. El mejor testimonio de una opción radical por Cristo y

por el Evangelio consiste en poder decir con verdad esas palabras de la oración de la Iglesia: "no vivamos ya para nosotros mismos, sino para aquel que por nosotros murió y resucitó" (Oración eucarística IV). Vivir para El es vivir como El, y su palabra es perentoria: "El que quiere ser el primero entre vosotros que sea vuestro esclavo: de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir a dar su vida como rescate por muchos" (Mt 20,27-28).

Vuestra sencillez, vuestra pobreza y afabilidad, serán signo evidente de vuestra consagración al Evangelio; con vuestra disponibilidad para escuchar, acoger, ayudar material y espiritualmente a vuestros hermanos, seréis testigos del que no vino a ser servido sino a servir. En la pureza de intención de vuestro servicio, en el desprendimiento de las cosas materiales encontraréis la libertad para ser testigos de aquel que vino a nosotros como Siervo del Señor y nos lo entregó todo, pues dio la vida por nosotros.

8. Mis queridos sacerdotes: Ojalá se renueve en vosotros con este encuentro la ilusión del día de vuestra ordenación sacerdotal, enriquecida ahora con la experiencia de un amor fiel a Cristo y a vuestro pueblo.

Permaneced unidos. Pensad que en la unidad está la fuerza de la Iglesia. Mantened siempre la comunión con vuestros Pastores, más necesaria cuanto más difíciles son las circunstancias en las que vive una Iglesia particular. En la fuerza de la unidad tendréis incluso la garantía de un peso moral ante la sociedad, la posibilidad de hacer presente y defender con eficacia la causa de los más necesitados. De vuestras divisiones se aprovecharían, en cambio, quienes quieren instrumentalizar vuestro ministerio.

Como Sucesor de Pedro quiero confirmaros el amor y el apoyo de la Iglesia universal, que os contempla con la esperanza de ver confirmada la paz en vuestras naciones, reconciliados en la justicia con todos los hijos del pueblo salvadoreño y centroamericano.

Os encomiendo a la Virgen, Reina de la Paz, como la invocáis en esta tierra. Ella es Madre de todos, ejemplo de un compromiso con la voluntad de Dios y con la historia de su pueblo. Que Ella os ayude en vuestro ministerio de reconciliación, en vuestra misión evangelizadora, para que seáis, con vuestro compromiso, auténticos discípulos de Cristo. Así sea.

## 1.5. Despedida de El Salvador

Señor Presidente, hermanos en el Episcopado, queridos salvadoreños:

Después de haber vivido esta intensa jornada de oración y encuentro con la Iglesia que está en El Salvador, con vosotros, siento tener que dejaros tan pronto.

En estas horas he contemplado el rostro dolorido de este querido pueblo fiel; he podido acercarme a tantos hijos que por diversas razones sufren y lloran. Quiera Dios que se hayan abierto en muchos espíritus esos anhelados brotes de perdón mutuo, de comprensión y de concordia que vuelvan a encender la esperanza cristiana en los corazones.

Mi encuentro con los sacerdotes, la visita a la Catedral, la Eucaristía celebrada bajo el cielo de El Salvador, han querido ser una llamada a la reconciliación y al amor que vienen de arriba, del Dios, Padre común de todos. En nombre de Cristo, su Hijo y hermano nuestro, he querido animaros a trabajar juntos, para que su sangre redentora —ella solamente— sea en esta tierra, en esta porción de humanidad suya, el precio pagado por la paz que todos anhelamos. Que su Espíritu divino siga siendo el que dé voz y fuerza a estos anhelos de paz y de fraternidad cristianas.

Una vez más quiero dejar constancia de mi agradecimiento a cuantos me han facilitado esta inolvidable visita: al

Señor Presidente, a las Autoridades nacionales que han colaborado al feliz desarrollo de la misma. Un agradecimiento particular reservo a los hermanos Obispos y a cuantos han trabajado en la preparación y realización espiritual y material de esta visita. Que el Señor les recompense con creces el esfuerzo llevado a cabo.

Y que dé la ansiada paz, por intercesión de la Reina de la Paz, a esta querida Nación, a cuyos hijos bendigo de nuevo con inmenso afecto.

## 2. Otros discursos y mensajes

### 2.1. Saludo en San José, Costa Rica

Señor Presidente, amados hermanos en el episcopado, queridos hermanos y hermanas:

1. ¡Alabado sea Jesucristo!

Doy gracias a Dios, que me trae de nuevo a este continente americano, después de las precedentes visitas a la República Dominicana y México, a Estados Unidos, Brasil y Argentina, de las que conservo tan vivos recuerdos.

Esta vez mis pasos de peregrino apostólico se dirigen a esta área geográfica de América Central. En ella he pensado tanto desde hace tiempo y ha estado con frecuencia en el centro de mi recuerdo e inquietudes.

Me acoge en la primera etapa la querida tierra de Costa Rica, cuya calurosa hospitalidad empiezo a experimentar desde mi llegada al aeropuerto Juan Santa María, de la capital de la nación. Por ello aflora en mi espíritu un sentimiento de profunda gratitud.

Gracias, señor Presidente, por su benévola acogida, por las nobles palabras que acaba de pronunciar, por la invitación que me hizo junto con el episcopado costarricense para visitar el país y por cuanto ha hecho para disponer convenientemente la visita. Este saludo agradecido se extiende a los miembros del Gobierno y demás autoridades o personas que han prestado su colaboración entusiasta.

Mi saludo cordial y fraterno va también a los hermanos obispos del SEDAC, en primer lugar a su presidente, monseñor Ramón Arrieta, pastor también de esta arquidiócesis de San José, que han venido a recibirme y con los que me encontraré esta misma tarde. En el mismo saludo incluyo a todos los sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas y laicos comprometidos en la obra eclesial, así como a todos los hombres y mujeres —niños, jóvenes, adultos y ancianos— de Costa Rica, tierra de fecunda historia y amante de la paz.

2. Pero mi mirada no se detiene en esta sola nación. Esta visita apostólica tiene carácter unitario en su desarrollo global. Por eso, desde el primer momento en que piso tierras de América Central, mi pensamiento y recuerdo van cargados de

afecto a todas las personas y países que visitaré en los próximos días: de Nicaragua a Panamá y El Salvador; de Guatemala a Honduras, Belice y Haití.

Pensando en todos he emprendido este viaje, movido por el deber que siento de avivar la luz de la fe en pueblos que ya creen en Jesucristo; para que esa fe ilumine e inspire cada vez más eficazmente su vida individual y comunitaria.

3. Más quiere tener también otras finalidades esta permanencia pastoral del sucesor de Pedro entre vosotros. En efecto, ha resonado con acentos de urgencia en mi espíritu el clamor desgarrado que se eleva desde estas tierras y que invoca la paz, el final de la guerra y de las muertes violentas; que implora reconciliación, desterrando las divisiones y el odio; que anhela una justicia larga y hasta hoy inútilmente esperada; que quiere ser llamada a una mayor dignidad sin renunciar a sus esencias religiosas cristianas. Ese clamor dolorido es al que quería dar voz con mi visita; la voz que se apaga en la ya acostumbrada imagen de las lágrimas o muerte del niño, del desconsuelo del anciano, de la madre que pierde a sus hijos, de la larga fila de huérfanos, de los tantos millares de prófugos, exiliados o desplazados en busca de hogar, del pobre sin esperanza ni trabajo.

Es el dolor de los pueblos que vengo a compartir, a tratar de comprender más de cerca, para dejar una palabra de aliento y esperanza, fundada en un necesario cambio de actitudes.

4. Ese cambio es posible si aceptamos la voz de Cristo, que nos urge a respetar y amar a cada hombre como hermano nuestro; si sabemos renunciar a prácticas de ciego egoísmo, si aprendemos a ser más solidarios, si se aplican con rigor las normas de justicia social que proclama la Iglesia, si se abre paso en los responsables de los pueblos a un creciente sentido de justicia distributiva de las cargas y deberes entre los diversos sectores de la sociedad; y si cada pueblo pudiera afrontar sus problemas, en un clima de diálogo sincero sin interferencias ajenas.

Sí, estas naciones tienen capacidad para lograr progresivamente metas de dignificación mayor para sus hijos. Hacia elló habrá que tender con voluntad cada vez más determinada y con la colaboración de los diversos sectores de la población.

Sin recurrir a métodos de violencia ni a sistemas de colectivismo, que pueden resultar no menos opresores de la dignidad del hombre que un capitalismo puramente economista. Es la vía del hombre, el humanismo proclamado por la Iglesia en su enseñanza social el que podrá hacer superar situaciones lamentables, que esperan oportunas reformas.

5. Mi palabra es de paz, de concordia y esperanza. Vengo a hablaros con amor hacia todos y a exhortaros a la fraternidad y entendimiento como hijos del mismo Padre. Precisamente esa realidad es la que me mueve a pulsar ante las con-

ciencias, para que de una respuesta adecuada pueda brotar la esperanza en estas tierras, que tanto la necesitan.

Aliento desde ahora a cuantos se esfuerzan por lograrlo; desde la responsabilidad pública, desde su puesto en la Iglesia o en la sociedad.

En este sentido expreso también mi estima y aliento a los ilustres miembros del Cuerpo Diplomático que encontraré en estos días, así como a los responsables de los medios de comunicación que tanto pueden aportar con su propia labor.

Pido a Dios que haga fructificar estos propósitos, que encomiendo a la Madre de Cristo y nuestra, para que con su ayuda maternal nos asista en estos días. Confiando en esa protección de lo alto, bendigo de corazón a cada hijo de Costa Rica y de las otras naciones que visitaré durante esta visita apostólica.

## 2.2. Alocución a los obispos del SEDAC

Queridos hermanos en el Episcopado:

1. "Ubi Caritas et amor Deus ibi est": Donde reina la caridad y el amor, allí está Dios. Es el Señor quien hoy, al comienzo de mi visita apostólica a América Central, Belice y Haití, nos reúne en su amor, conformándonos, como en la comunidad primitiva, en "un sólo corazón y una sola alma" (cf. Act., 1, 14).

Como signo de particular benevolencia y comunión con vosotros, pastores de la grey de Cristo, he querido que esta peregrinación de amor, de reconciliación, de paz, que movido por el Espíritu Santo y por la solicitud hacia todas las iglesias (cf. Cor., 11, 28), he emprendido, se abiera con este encuentro. Es el encuentro fraterno del sucesor de Pedro con los sucesores de los apóstoles, y el de todos con el Pastor de los Pastores, Jesucristo.

Os saludo, pues, con gran afecto, y en vosotros saludo también con cariño a todos y cada uno de los miembros de vuestras respectivas diócesis y de todas las naciones y pueblos de América Central, hermanos entre sí por tantos títulos.

A lo largo de estos días quiero, como San Pablo, anunciar a Cristo crucificado, muerto y resucitado (cf. 1 Cor., 1, 23; 15, 3 s.), en quien reside nuestra unidad, nuestra esperanza y en quien tenemos la vida en plenitud. Es la palabra viva del Evangelio la que debe caer, una vez más, como semilla fecunda sobre esta tierra buena de vuestros pueblos.

Durante mi visita a los diversos países me propongo desarrollar algunos temas que considero más importantes en el actual momento histórico de vuestras amadas Iglesias particulares. Quiero hablar con corazón de padre y afecto de hermano a todo el pueblo de Dios. Y como la visita quiere tener el carácter unitario que imponen las mismas condiciones externas, lo que en cada etapa o lugar exprese a un sector eclesial, lo dirijo a ese mismo sector de toda América Central, y más ampliamente, de América Latina. En esa enseñanza global hallará también un nuevo motivo de radical unidad en Cristo el amplio mosaico formado con cada una de vuestras Iglesias locales, esparcidas en las varias naciones. Y que en el único Señor están vinculadas inseparablemente a la Iglesia universal.

2. La existencia de quien cree que Jesús es el Señor (cf. Flp., 2, 11) sólo puede desarrollarse en un diálogo de amor, en el cual es El, Jesucristo quien toma la iniciativa. Este diálogo ha de tener la actitud de servicio para el cual El nos eligió (cf. Jn., 15, 16).

En efecto, en el centro de nuestra elección como pastores de su Iglesia y del envío para anunciar el Evangelio está la pregunta que el Señor hizo a Pedro: "¿Simón, hijo de Juan, ¿me amas?" (Jn., 21, 15). Es la pregunta que formula, en cierta forma, a cada obispo. Porque sólo en el amor nos es posible entender nuestra vocación eclesial. Y nuestro servicio a los hermanos tiene su punto de partida en nuestra unidad con el Señor, del cual somos sacramento (cf. *Lumen gentium*, 21), embajadores (cf. 2 Cor., 5, 20), no obstante que llevamos el aroma de Cristo en vasos frágiles (cf. 2 Cor., 4, 7).

El diálogo de amor en el Señor que nos permite decir con plena sinceridad, a pesar de nuestra flaqueza: "Señor, tú sabes que te amo" (Jn., 21, 16), está a la raíz de la confianza con la que El pone bajo nuestro cuidado las comunidades eclesiales. Es éste un compromiso de fidelidad, fuente asimismo de fecundidad, de energía pastoral. Porque nuestra fortaleza no proviene del peso de las armas, sino del Evangelio. Por ello ya en el discurso inaugural de la Conferencia de Puebla os hacía presente cómo no era la calidad de técnicos o de políticos lo que, como obispos, podríais aportar, porque no es ésa vuestra misión, sino la calidad de pastores. Es lo que ahora os repito: que os esmeréis en ser guías y dechados de la grey (cf. 1 Pe., 5, 3) y que, como Jesús, sepáis ser los buenos pastores que vais siempre delante de vuestros fieles, para mostrarles el camino seguro, curar sus heridas y miserias, sus divisiones y caídas, y reconciliarlos en una nueva unidad en el Señor, quien no cesa de convocar a la unidad en El.

### 3. Unidad en la Iglesia.

El Señor resucitado reúne a la Iglesia. Ella es sacramento de comunión (cf. *Gaudium et spes*, 42), "koinonía", comunión en torno al Resucitado: "Que todos sean uno, como Tú, Padre, en mí y yo en Ti" (Jn., 17, 21). ¡Qué admirable llamado a la unidad, la víspera de su pasión! No se trata de una unidad resultado de artificios y componendas, de cálculos, de la suma de transacciones indebidas. No es la unidad lograda a costa de diluir la identidad. No es tampoco la simple asociación externa de mera convivencia. Es la unidad en su forma más plena y perfecta la que nos es propuesta como ejemplo: la del Hijo con el Padre (cf. Jn., 10, 30). Es unidad de amor, de comunicación, de entrega; unidad, en una palabra, **afectiva y efectiva**.

Vosotros sois en la Iglesia, lo recuerda el último Concilio, "principio de unidad" (cf. *Lumen gentium*, 23). El eje y la fidelidad de la misión de pastores es ser instrumentos de unidad en la comunidad.

Vuestra realidad de maestros está orientada hacia la unidad de la fe. La Iglesia es comunidad de creyentes, es decir, de quienes participan de una misma fe. Y para tutelar y enriquecer la unidad de la fe en la comunidad y, por lo tanto, la identidad eclesial, el Espíritu de Cristo sostiene la vida dinámica del Magisterio, servicio vital de la Iglesia.

Servicio a la unidad es la **evangelización**, por la que nacen las Iglesias. La exhortación apostólica "Evangelii nuntiandi" ha contribuido notablemente, como lo comprobasteis en la Conferencia de Puebla, a profundizar en lo que es la misión esencial de la Iglesia. De ahí la fuerte insistencia en la absoluta prioridad de la evangelización.

En estrecha correlación está la necesidad de la **catequesis**, sobre la que se contienen pautas bien precisas en la exhortación apostólica "Catechesi tradendae". Porque sin una activa e infatigable evangelización, sin una lúcida y sistemática catequesis, la fe se debilitaría. Y correría serios riesgos la unidad verdadera. Prestaréis un servicio insigne a vuestras iglesias si asociáis cada vez más el laicado a tan importantes tareas.

4. Hemos de estar siempre atentos para que ni se suplan- te, ni se desarticule nuestro universo de fe. Podría acontecer cuando criterios meramente humanos reemplazaran los contenidos de fe o cuando la coherencia e intrínseca cohesión del símbolo de la fe fueran descuidados.

A tal fin resulta indispensable una adecuada elaboración en el campo de la cristología y de la eclesiología. Principios ciertos al respecto fueron señalados en el documento de Puebla, que recogió cuanto manifesté al principio de la III Conferencia General (Puebla, 28 de enero 1979).

Una auténtica **cristología** no puede dejar de lado ni la integridad de la revelación neotestamentaria, aprovechando debidamente los avances serios reconocidos en la investigación, ni la indispensable referencia al Magisterio. No se puede hacer una cristología que sirva de alimento a nuestras comunidades si el trabajo teológico no hunde sus raíces en la fe de la Iglesia y en una fe personal que hace ofrenda de la propia existencia al Señor.

¿Cómo, por otra parte, elaborar la eclesiología sin vivir en plenitud el "sentire cum Ecclesia"? ¿Cómo sentir con la Iglesia si no se la ama con corazón de hijos? Sobre la exigencia de un ferviente y profundo amor a la Iglesia como madre, retornaré en la homilía de mañana.

¡Sé bien, queridos hermanos, que estáis llevando a cabo un decidido esfuerzo en cumplimiento de vuestra misión y que se observa en muchas partes un empeño renovador, a cuya cabeza estáis vosotros. Porque queréis ser servidores de la **unidad en fidelidad a la fe**, en todo lo que constituye la vida sacramental de la Iglesia. Esta, en efecto, es congregada por la Palabra y la Eucaristía, centro de toda la vida sacramental. Por ello no sería completa ni comprensible una evangelización que no culminará en la práctica sacramental. Y como la comunidad cristiana vive de la Eucaristía, nunca es más honda su unidad que cuando parte concordemente el pan de la Palabra y de la Eucaristía.

Son realidades que es preciso vivir al calor de la Iglesia, familia de Dios. No se os ocultan, por otra parte, los peligros y no los pasáis en silencio en vuestras cartas pastorales, en la línea de Puebla. A ello me he referido con preocupación en mensajes a algunas de vuestras conferencias episcopales.

5. La unidad interna de la Iglesia exige el acatamiento pronto y sincero a la **enseñanza de los pastores**. Esto ha logrado crear, a través de los siglos, un rico patrimonio espiritual en América Latina; y en América Central ha sido posible por el sentido de leal comunión del pueblo fiel.

Hay un sentido cristiano del pueblo de Dios, un "**sensus fidelium**", que constituye una garantía y como una muralla invulnerable a los ataques e insidias. Vuestros pueblos son fieles; y cuando se les da el pan limpio y puro del Evangelio, lo aceptan con prontitud; y, al contrario, saben distinguir cuándo está adulterado. "Bendito seas, Señor, Dios del cielo y de la tierra, porque has ocultado esto a los sabios y a los inteligentes y lo has reservado a los pequeños" (Mt., 11, 25).

En nuestro corazón de pastores se eleva esta misma plegaria agradecida al Padre de las misericordias por la fe en América Latina, que en muchos casos se vuelve, con todo derecho, exigente.

Procurad por ello con todo empeño conservar y fortalecer ante todo vuestra propia unidad. **Dentro de cada Conferencia Episcopal y también a nivel más amplio**. Como leemos en la carta a los colosenses: "Sobre todas estas cosas tened caridad que es vínculo de perfección, y la paz de Cristo exulte en vuestros corazones, en la cual habéis sido llamados, en un mismo cuerpo" (Col., 3, 14-15).

No os faltará así el respeto y la obediencia del pueblo fiel que sabe que a través de vuestro ministerio se acerca al mismo Cristo, a quien el obispo representa, es decir, hace presente, y en cuyo nombre y persona actúa.

En torno a los obispos, consérvese asimismo viva la **unidad de los sacerdotes**, "próvidos colaboradores" del ministerio episcopal; la de los religiosos, religiosas y laicos. La mejor garantía para una predicación fecunda es el testimonio de la unidad de la Iglesia. Antes como ahora ha de ser real esta comprobación que se dispone a recibir la Palabra de Dios: "Ved cómo se aman".

En esa unidad en la fe debe crecer el verdadero ecumenismo, que es deseo de fidelidad a Cristo en la doctrina y en las actitudes. Y que ha de traducirse en leal colaboración.

Testimonio, aquí, de unidad.

6. Tal unidad debe crecer en torno a las enseñanzas del último concilio fuente de permanente revitalización eclesial. Tenemos en él el criterio más certero de renovación en el momento presente.

Los **sínodos de los obispos** son otro valioso instrumento de rejuvenecimiento y unidad. Y a otro nivel, el documento de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano debe también seguir contribuyendo a la unidad, tanto en lo doctrinal como en lo pastoral. Allí ratificasteis, en efecto, vuestra firme voluntad de unidad. Esa unidad en la Iglesia de Cristo que se hace, como bien lo sabéis, en torno a Pedro. Hoy, aquí reunidos, somos un testimonio de comunión en Cristo que, sin duda alguna, llena de alegría y de confianza a todos vuestros fieles.

En Costa Rica tiene asimismo su sede el Secretariado Episcopal de América Central, el **SEDAC**, nacido precisamente de la necesidad sentida de coordinar la acción pastoral en la región. Con profunda estima saludo a todos los miembros de este organismo episcopal, que mantiene con el CELAM íntimos lazos que lo ayudan a un mejor servicio eclesial.

Son diversas e importantes formas de comunión pastoral para un más fecundo trabajo en las Iglesias, que no pueden estar aisladas, sino muy compenetradas reciprocamente.

7. La comunidad eclesial es y debe ser fermento en el mundo. Es germen firmísimo de unidad y de paz. Hay, desgraciadamente, factores de división que se ciernen peligrosamente sobre vuestros países. Abundan las tensiones, los enfrentamientos que amenazan con graves conflictos y se han abierto las puertas al torrente desolador de la violencia en todas sus formas. ¡Cuántas vidas segadas cruel e inútilmente!

Pueblos que tienen derecho a la paz y a la justicia se ven sacudidos por luchas inhumanas, por el odio, la venganza. Gentes honestas y laboriosas han perdido la tranquilidad y la seguridad.

Y, sin embargo, sólo por los caminos de una paz digna y justa es posible alcanzar el progreso al que vuestros pueblos tienen perfecto derecho y que por demasiado tiempo les ha sido negado. Sólo con el respeto a la eminente dignidad del hombre, de todos los hombres, se podrá lograr un futuro mejor y en armonía con sus legítimas aspiraciones.

El Evangelio se constituye en defensa del hombre, sobre todo de los más pobres y desvalidos, de quienes carecen de bienes de esta tierra y son marginados o no tenidos en cuenta.

El amor al hombre, imagen viva de Dios, ha de ser el mejor incentivo para respetar y hacer respetar los derechos fundamentales de la persona humana. Por eso la Iglesia se levanta como defensora del hombre, a la vez que como estandarte de paz, de concordia, de unidad. Son éstos también los objetivos que no olvido en esta mi visita.

Es efectivamente necesario y urgente en vuestros países que la Iglesia, al proclamar la buena nueva del Evangelio a pueblos que sufren intensamente y desde hace largo tiempo, continúe exponiendo con valentía todas las implicaciones sociales que comporta la condición de cristiano.

Sin olvidar nunca que su primera e indeclinable misión es la de predicar la salvación de Cristo. Pero sin ocultar a la vez situaciones que son incompatibles con una sincera profesión de fe, y tratando de suscitar aquellas actitudes de conversión eficaz a las que debe conducir esa misma fe.

Al cumplir tal misión, todo hombre de Iglesia deberá tener en cuenta que no puede recurrir a métodos de violencia que repugnan a su condición cristiana ni a ideologías que se inspiran en visiones reductivas del hombre y de su destino trascendente. Por el contrario, desde la clara identidad del Evangelio y de una visión integral del ser humano, se esforzará con todas sus energías por eliminar la opresión, la injusticia en sus diversas formas, tratando de ampliar los espacios de dignificación del hombre.

Aquí ha de hallar su fiel e improrrogable aplicación la enseñanza social de la Iglesia, que rechaza como inadecuados y nocivos tanto los planteamientos materialistas del capitalismo puramente economista como los de un colectivismo igualmente materialista, opresores de la dignidad del hombre (cf. *Laborem exercens*, 13).

Admiro vuestra entrega como pastores en circunstancias tan difíciles para vuestros pueblos. Vuestro ejemplo de unidad como obispos y el de las comunidades que apacentáis sea

garantía de concordia también social, que desde el corazón de la Iglesia tiende puentes dentro y fuera de cada una de vuestras patrias. Que el Señor conceda el don de la concordia y la paz a naciones hermanas con una misma historia, una misma tradición y una misma vocación de libertad.

8. No son, no pueden ser las actuales situaciones de lucha y de desconfianza, de inhumanidad —que, por desgracia prevalecen dolorosamente en más de una nación de esta área geográfica—, algo que fatalmente deba prolongarse. Para poner fin a tan doloroso estado de cosas, contribuid con todas vuestras fuerzas, obispos de América Central, a crear un mundo más digno del hombre, más justo, solidario y fraterno.

La fe nos dice que podemos tomar responsablemente las riendas de la historia para ser artífices de nuestro propio destino. El Señor de la historia hace al hombre y a los pueblos protagonistas, sujetos de su propio futuro, respondiendo al llamado de Dios. Todos lo ha puesto a disposición del hombre, rey de la creación, para hacer de lo creado un himno de alabanza a Dios; y la gloria de Dios es el hombre viviente, que tiene su vida en la visión de Dios (cf. San Ireneo, *Contra haereses*, IV, 20, 7; PG, 7, 105).

Durante estas jornadas de renovación volveré con frecuencia al tema de la justicia y de la paz. No ahorraré esfuerzos para rogar a todos que movilicen las energías existentes a fin de lograr que la una y la otra alumbren vuestro destino tanto dentro de cada país como a nivel internacional. Si, preservad a toda costa la concordia entre vuestras naciones. Nada tan lamentable y alarmante como la mera amenaza de una guerra que arrasaría a los países en la contienda y los convertiría en luctuoso escenario de intereses foráneos.

Sed portadores, queridos pastores, de estos mismos sentimientos a todos los países y comunidades que, lleno de ilusión y de esperanza, visitaré. Unidos intimamente a Cristo, traduzcamos más y más en nuestras actitudes y proceder en la Iglesia y en la sociedad la recomendación de San Pablo: "Os exhorto, hermanos, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, a que estéis todos de acuerdo y que no haya divisiones entre vosotros; que estéis unidos en un mismo espíritu y un mismo pensamiento" (Cor., 1,10).

Pongo estos objetivos y mi peregrinación bajo la protección de la Madre de Dios y de la Iglesia. Ella, que acompañaba tiernamente al colegio de los apóstoles al recibir la fuerza del Espíritu, os obtenga de su Hijo la gracia, fortaleza y perseverancia que necesitáis en vuestro abnegado servicio a la Iglesia. Así sea.

### 2.3. Laicado y educación

Queridos hermanos y hermanas:

1. En este campus universitario médico, de la ciudad de León, a la que vengo como a sede de la más antigua diócesis del país, tengo el placer de encontrarme con vosotros, en gran parte campesinos. Os saludo con gran afecto, en especial a las víctimas de la violencia —que frecuentemente se desata sobre vosotros— o de las catástrofes de la naturaleza. Saludo particularmente al querido Pastor de esta diócesis, a los otros Obispos y a toda la Iglesia de Dios en León y comarca.

En el plan global de mi viaje a esta área geográfica, hablaré específicamente para los campesinos desde Panamá. Hoy me dirijo a las personas que en Nicaragua y en los otros

Países se dedican de un modo u otro a la educación en la fe, tarea que en parte compete a todo cristiano y que a todos afecta vitalmente.

Desde el primer momento os manifiesto, queridos educadores, mi profunda estima por vuestra valiosa e importante misión. Debéis consideraros —no sin legítimo orgullo— los continuadores de una secular y fecunda obra educativa, desplegada por la Iglesia desde el dinamismo propio de la evangelización y elevación del hombre. ¿Acaso no ha sido —y lo es todavía— la educación una de las grandes preocupaciones y realizaciones de la Iglesia, desde los albores de la historia de los diversos pueblos americanos? Muchos han sido, en efecto, sus frutos en la fundación, gestión y animación de

institutos educativos a todos los niveles; y en la colaboración a una siempre más vasta alfabetización y escolarización —tanto en tiempos antiguos como recientes— contribuyendo con ello a un mayor progreso social, económico y cultural de vuestras Naciones.

Esa, que es vuestra tradición y dignidad, es también una exigente responsabilidad presente y de cara al futuro. Porque vuestra tarea os consagra a la formación integral de las nuevas generaciones, sacudidas por cambios y tensiones profundas. Ahí se juega en gran medida la vida y el porvenir de la Nación y aun de la Iglesia.

Por ello rindo aquí homenaje de estima y agradecimiento a tantos sacerdotes, religiosos y religiosas educadores que ayer, hoy y estoy seguro también mañana, se dedican con abnegación y entusiasmo, en fidelidad a su vocación humana y a su fe cristiana, a esa tarea.

2. Pero hoy quisiera dirigirme especialmente a los laicos, que viven su vocación a la santidad y al apostolado en su profesión de educadores.

No en vano el Concilio Vaticano II impulsó a los seglares a vivir plenamente su responsabilidad de bautizados, dando testimonio fecundo de su fe e impregnando con los valores del Evangelio todos los ámbitos del orden temporal (cf. *Apostolicam actuositatem*, 7). Entre ellos, en la escuela, pues "la función de los maestros constituye un verdadero apostolado ... Y a la vez un verdadero servicio prestado a la sociedad" (*Gravissimum educationis*, 8). Con razón, pues, la Sagrada Congregación para la Educación Católica ha emanado recientemente un documento titulado "El laico católico, testigo de la fe en la escuela" cuya lectura os recomiendo, porque os podrá servir de gran ayuda.

Podría decirse que la tarea educativa es connatural al laico. Porque está íntimamente unida a sus responsabilidades conyugales y familiares. Efectivamente, los laicos participan en la misión educativa, evangelizadora y santificadora de la Iglesia, en virtud de su derecho y deber original, de educar a los propios hijos (cf. *Gravissimum educationis*, 3; *Familiaris consortio*, 36-42). Y no cabe la menor duda de que la escuela es el complemento de la educación recibida en el seno de la propia familia.

Así lo reconoce la Iglesia cuando subraya el primado de la familia en la educación. Por eso yo mismo, en mi visita a la sede de la UNESCO hace dos años y medio, reivindicaba "el derecho que pertenece a todas las familias de educar a sus hijos en las escuelas que correspondan a su visión del mundo, y en particular, el estricto derecho de los padres creyentes a no ver a sus hijos sometidos, en las escuelas, a programas inspirados en el ateísmo".

Pero es lógico que los padres tienen el deber de transmitir la fe también en el ámbito de la familia, sobre todo si esto no se pudiera hacer adecuadamente en la escuela. Más aún, cada laico cristiano debe sentir la responsabilidad de dar razón de su fe y ser portador de ésta a todos los ámbitos, con el propio ejemplo y palabra.

La libertad de las familias y la libertad de enseñanza en el proceso educativo tiene su base en un derecho natural del hombre que nadie puede ignorar. No se trata, pues, ni de un privilegio reclamado, ni de una concesión del Estado, sino de una expresión y garantía de libertad, indisociable de un cuadro global de libertades debidamente institucionalizadas. Sed pues vosotros, como educadores católicos, colaboradores y complementadores de la misión de la familia en la formación integral de las nuevas generaciones. Así ayudaréis a forjar una patria de hombres libres y conscientemente responsables de su ser y destino.

3. Vuestra vocación cristiana y, desde ella, vuestra profesión educativa, os han de conducir, mediante el ejercicio responsable de la libertad, a la transmisión y búsqueda de la verdad. Esa es la exigencia íntima de la libertad, centro y horizonte de toda creación y comunicación de cultura; exigencia también de la fe que, conscientemente acogida, profundamente pensada y fielmente vivida, genera y se hace cultura.

Por eso, la educación se degrada cuando se convierte en mera "instrucción". Porque la simple acumulación fragmentaria de técnicas, métodos e informaciones no pueden satisfacer el hambre y sed de verdad del hombre; en vez de operar en favor de lo que el hombre debe "ser", ella trabaja entonces en favor de lo que sirve al hombre en el ámbito del "haber", de la "posesión" (cf. Juan Pablo II, discurso ante la UNESCO, 13). El educando queda así ante una contradictoria heterogeneidad de cosas, desconcertado, indeciso, e indefenso ante posibles manipulaciones políticas e ideológicas.

El amor apasionado por la verdad debe animar la tarea educativa más allá de meras concepciones "cientistas" o "laicistas". Debe llevar a enseñar cómo discernir lo verdadero de lo falso, lo justo de lo injusto, lo moral de lo inmoral, lo que eleva a la persona y lo que la manipula. Son estos criterios objetivos los que han de guiar la educación, y no categorías extraeducativas basadas en términos instrumentales de acción, de poder, de lo subjetivamente útil o inútil, de lo enseñado por el amigo o adversario, por el tachado de avanzado o retrógrado.

Educar auténticamente es la tarea de un adulto, de un padre y una madre, de un maestro, que ayude al educando a descubrir y a hacer propio, progresivamente, un sentido unitario de las cosas, una aproximación global a la realidad, una propuesta de valores para la propia vida, vista en su integridad, desde la libertad y la verdad.

4. Para el educador cristiano —como dice el documento de la Sagrada Congregación para la Educación Católica que os citaba antes— "cualquier verdad será siempre una participación de la única Verdad, y la comunicación de la verdad como realización de su vida profesional se transforma en carácter fundamental de su participación peculiar en la misión profética de Cristo, que él prolonga con su enseñanza" (n. 16).

Si la educación es formación integral de lo humano —y toda educación presupone, implícita o explícitamente, una determinada concepción del hombre— el educador católico inspirará su actividad en una visión cristiana del hombre, cuya suprema dignidad se revela en Jesucristo, hijo de Dios; modelo y meta del crecimiento humano en plenitud.

El hombre, en efecto, no es reducible a mero instrumento de producción, ni agente del poder político o social. Por eso la tarea educativa del católico ayuda a descubrir, desde el interior de su mismo dinamismo, "el maravilloso horizonte de respuestas que la Revelación cristiana ofrece acerca del sentido último del mismo hombre" (*Ibid.*, 28).

Esa original presencia y servicio educativo del laico católico se forja en una exigente síntesis intelectual y vital que da coherencia y fecundidad a su magisterio. Todo dualismo entre su fe y su vida personal, su fe y su actividad profesional, reflejaría aquel divorcio entre Evangelio y cultura, que Pablo VI denunciaba ya en su Exhortación Apostólica "Evangelii nuntiandi" como uno de los mayores dramas de nuestro tiempo.

No tengáis pues miedo —dentro del sincero respeto a la conciencia del educando —a vivir y proclamar el mensaje de Cristo como clave y sentido radical de toda la experiencia humana. Ahí maduran todos los valores humanos auténticos

que el educador cultiva en la conciencia moral del educando: la conciencia de su propia dignidad, su sentido de responsabilidad, su espíritu de solidaridad, su disponibilidad hacia el bien común, su sentido de justicia, su honestidad y rectitud. En Cristo se revela la verdad del hombre. El es Camino, Verdad y Vida. El es nuestra Paz.

5. Vosotros, educadores cristianos, habéis de ser forjadores de hombres libres, seguidores de la Verdad, ciudadanos justos y leales, y constructores de paz.

Permitidme que me detenga un momento en este último rasgo característico de toda verdadera educación.

Sí, constructores de paz y concordia desde el espíritu de las bienaventuranzas. Sabed forjar en vuestros educandos corazones grandes y serenos en el amor a la patria y, por eso, constructores de paz. Porque sólo una profunda reconciliación de los ánimos será capaz de sobreponerse al espíritu y a la dialéctica de la enemistad, de la violencia —sea encubierta o patente—, de la guerra, que son caminos de autodestrucción.

Ruego con insistencia y confianza, para que el Señor —también por medio de vosotros— dé a Nicaragua, a toda América Central, paz y concordia, y os haga constructores de paz en el interior de las naciones y en sus recíprocas relaciones.

6. Queridos educadores: sé que tenéis encomendada una tarea dura y difícil. Recordad que el Señor os acompaña. Toda la Iglesia os está muy cercana. Sois fortificados por las riquísimas energías humanas y cristianas de vuestros admi-

rables pueblos. Pero todo ello requiere de vosotros que sepáis ser, antes que nada, auténticos discípulos del Maestro por excelencia.

No pongáis resistencia al llamado del Señor, aun en medio de la adversidad. Creced en el Señor. Arraigados en su Cuerpo que es la Iglesia. Alimentaos frecuentemente con los sacramentos y demás medios espirituales que ella ofrece. Bebed en su fuente de Verdad: Verdad sobre Cristo, sobre la Iglesia, sobre el hombre. Y mantened siempre estrechos vínculos de fidelidad con vuestros Obispos.

Firmes en la propia identidad, sed hombres de diálogo y colaboración generosa, en todo lo que sea auténtico crecimiento de paz y justicia, junto con todos vuestros hermanos. Y no olvidéis que —como ya señalé en Puebla (28 enero 1979, III, 2)— no tenéis necesidad de ideologías ajenas a vuestra condición cristiana para amar y defender al hombre; pues en el centro del mensaje que enseñáis está presente el compromiso por su dignidad.

Vivid, finalmente, y en todo la caridad. Así seréis dignos, en cuanto fieles discípulos, del título de maestros, servidores de la vida nacional, hijos de la Iglesia, ciudadanos ya de esa "civilización del amor" que queremos despunte en el horizonte, también desde la realidad de Nicaragua, de América Central, de América Latina toda. Adelante con valentía y esperanza. De la mano de María nuestra Madre. Con mi afecto y bendición. Amén.

## 2.4. Homilias: Unidad de la Iglesia

Queridos hermanos en el Episcopado, amados hermanos y hermanas:

1. Nos hallamos aquí reunidos junto al altar del Señor. ¡Qué alegría encontrarme entre vosotros, mis queridos sacerdotes, religiosos, religiosas seminaristas y laicos —congregados en torno a vuestros pastores— de esta amada tierra de Nicaragua, tan probada, tan heroica ante las calamidades naturales que la han azotado; tan vigorosa y activa para responder a los desafíos de la historia y procurar edificar una sociedad a la medida de las necesidades materiales y de la dimensión trascendente del hombre!

Saludo en primer lugar, con sincero afecto y estima, al Pastor y Arzobispo de esta ciudad de Managua, a los otros Obispos, a todos y cada uno de vosotros, ancianos y jóvenes, ricos y pobres, obreros y empresarios, porque en todos vosotros está presente Jesucristo, "primogénito entre muchos hermanos" (Rom., 8,29). De El "habéis sido revestidos" en vuestro bautismo (cf. Gal., 3,27); así "todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (ib., 28).

2. Los textos bíblicos que acaban de ser proclamados en esta Eucaristía nos hablan de la unidad.

Se trata ante todo de la unidad de la Iglesia, del pueblo de Dios, del "rebaño" del único Pastor. Pero también, como enseña el Concilio Vaticano II, de la "unidad de todo el género humano", de la cual, como de la "íntima unión" de todo hombre "con Dios", la Iglesia una es "como un sacramento o signo" (cf. Lumen gentium, 1).

La triste herencia de la división entre los hombres, provocada por el pecado de soberbia (cf. Gén., 4, 4,9), perdura a lo largo de los siglos. Las consecuencias son las guerras, opre-

siones, persecuciones de unos por otros, odios, conflictos de toda clase.

Jesucristo, en cambio, vino para restablecer la unidad perdida, para que hubiera "un sólo rebaño" y "un sólo pastor" (Jn., 10, 16); un pastor cuya voz "conocen" las ovejas, mientras no conocen la de los extraños (ib., 4-5); El, que es la única "puerta" por la cual hay que entrar (ib., 1).

La unidad es hasta tal punto motivo del ministerio de Jesús que El vino a morir "para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos" (Jn., 11,52). Así nos lo enseña el evangelista San Juan, quien nos muestra a Jesús orando al Padre por la unidad de la comunidad que confiaba a sus apóstoles (ib., 17, 11-12).

Jesucristo, con su muerte y resurrección, y con el don de su Espíritu, ha restablecido la unidad entre los hombres, la ha dado a su Iglesia y ha hecho de ésta, según dice el concilio, "como un sacramento o signo de la unión íntima con Dios y la unidad de todo el género humano" (Lumen gentium, 1).

3. La Iglesia es la familia de Dios (cf. Puebla, 238-249). Como en una familia debe reinar la unidad en el orden, también en la Iglesia. En ella ninguno tiene más derecho de ciudadanía que otro: ni los judíos, ni los griegos, ni los esclavos, ni los libres, ni los hombres, ni las mujeres, ni los pobres, ni los ricos, porque todos "somos uno en Cristo Jesús" (cf. Gal., 3, 28).

Esa unidad se funda en "un solo Señor, una sola fe, un solo Dios y Padre que está sobre todos, por todos y en todos", como dice el texto de la Carta a los Efesios que acabamos de escuchar (Ef., 4, 5-6) y como soléis cantar en vuestras celebraciones.

Hemos de apreciar la profundidad y solidez de los fundamentos de la unidad de que disfrutamos en la Iglesia universal en la de toda América Central, y a la que debe tender indeclinablemente esta Iglesia local de Nicaragua. Precisamente por eso hemos de valorar también justamente los peligros que la amenazan, y la exigencia de mantener y profundizar esa unidad, don de Dios en Jesucristo.

Porque, como decía en mi carta a los obispos de Nicaragua del mes de agosto último (cf. *L'Observatore Romano*, edición en lengua española, 8 de agosto de 1982, pág. 9), este "don" es quizá más precioso precisamente porque es "frágil" y está "amenazado".

4. En efecto, la unidad de la Iglesia es puesta en cuestión cuando a los poderosos factores que la constituyen y mantienen, la misma fe, la Palabra revelada, los sacramentos, la obediencia a los obispos y al Papa, el sentido de una vocación y responsabilidad común en la tarea de Cristo en el mundo, se anteponen consideraciones terrenas, compromisos ideológicos inaceptables, opciones temporales, incluso concepciones de la Iglesia que suplantán la verdadera.

Sí, mis queridos hermanos centroamericanos y nicaragüenses: cuando el cristiano, sea cual fuere su condición, prefiera cualquier otra doctrina o ideología a la enseñanza de los Apóstoles y de la Iglesia; cuando se hace de esas doctrinas el criterio de nuestra vocación; cuando se intenta reinterpretar según sus categorías la catequesis, la enseñanza religiosa, la predicación; cuando se instalan "magisterios paralelos", como dije en mi alocución inaugural de la Conferencia de Puebla (28 de enero de 1979), entonces se debilita la unidad de la Iglesia, se le hace más difícil el ejercicio de su misión de ser "sacramento de unidad" para todos los hombres.

La unidad de la Iglesia significa y exige de nosotros la superación radical de todas estas tendencias de disociación; significa y exige la revisión de nuestra escala de valores. Significa y exige que sometamos nuestras concepciones doctrinales y nuestros proyectos pastorales al magisterio de la Iglesia, representado por el Papa y los obispos. Esto se aplica también en el campo de la enseñanza social de la Iglesia, elaborada por mis predecesores y por mí mismo.

Ningún cristiano, y menos aún cualquier persona con título de especial consagración en la Iglesia puede hacerse responsable de romper esa unidad, actuando al margen o contra la voluntad de los obispos "a quienes el Espíritu Santo ha puesto para guiar la Iglesia de Dios" (Heb., 20, 28).

Ello es válido en toda situación y país, sin que cualquier proceso de desarrollo o elevación social que se emprenda pueda legítimamente comprometer la identidad y libertad religiosa de un pueblo, la dimensión trascendente de la persona humana y el carácter sagrado de la misión de la Iglesia y de sus ministros.

5. La unidad de la Iglesia es obra y don de Jesucristo. Se construye por referencia a El y en torno a El. Pero Cristo ha confiado a los obispos un importantísimo ministerio de unidad en sus Iglesias locales (cf. *Lumen gentium*, 26). A ellos, en comunión con el Papa y nunca sin él (ib., 22), toca promover la unidad de la Iglesia, y de tal modo, construir en esa unidad las comunidades, los grupos, las diversas tendencias y las categorías de personas que existen en una Iglesia local y en la gran comunidad de la Iglesia universal. Yo os sostengo en ese esfuerzo unitario, que se reforzará con vuestra próxima visita ad limina.

Una prueba de la unidad de la Iglesia en un determinado lugar es el respeto a las orientaciones pastorales dadas por los obispos a su clero y fieles. Esa acción pastoral orgánica es

una poderosa garantía de la unidad eclesial. Un deber que grava especialmente sobre los sacerdotes, religiosos y demás agentes de la pastoral.

Pero el deber de construir y mantener la unidad es también una responsabilidad de todos los miembros de la Iglesia, vinculados por un único bautismo, en la misma profesión de fe, en la obediencia al propio obispo y fieles al sucesor de Pedro.

Queridos hermanos: Tened bien presente que hay casos en los cuales la unidad sólo se salva cuando cada uno es capaz de renunciar a ideas, planes y compromisos propios, incluso buenos — ¡cuánto más cuando carecen de la necesaria referencia eclesial! —, por el bien superior de la comunión con el obispo, con el Papa, con toda la Iglesia.

Una Iglesia dividida, en efecto, como ya decía en mi carta a vuestros Obispos, no podrá cumplir su misión "de sacramento de unidad en el país". Por ello alertaba allí sobre "lo absurdo y peligroso que es imaginarse cómo al lado — por no decir contra — de la Iglesia construida en torno al Obispo, otra Iglesia concebida sólo como "carismática" y no institucional, "nueva" y no tradicional, alternativa y, como se preconiza últimamente, una "Iglesia popular". Quiero hoy reafirmar estas palabras aquí delante de vosotros.

La Iglesia debe mantenerse unida para poder contrarrestar las diversas formas, directas o indirectas, del materialismo que su misión encuentra en el mundo.

Ha de estar unida para anunciar el verdadero mensaje del Evangelio — según las normas de la Tradición y del Magisterio — y que esté libre de deformaciones debidas a cualquier ideología humana o programa político.

El Evangelio así entendido conduce al espíritu de verdad y de libertad de los hijos de Dios, para que no se dejen ofuscar por propagandas antieducadoras o coyunturales, a la vez que educa al hombre para la vida eterna.

6. La Eucaristía que estamos celebrando es en sí misma signo y causa de unidad. Somos todos uno, siendo muchos "los que participamos de un solo pan" (1 Cor., 10, 17), que es el cuerpo de Cristo. En la plegaria eucarística que pronunciamos dentro de unos instantes pediremos al Padre que, por la participación del cuerpo y de la sangre de Cristo, haga de nosotros "un solo cuerpo y un solo espíritu" (tercera plegaria eucarística).

Para lograr esto se requiere un compromiso serio y formal de respetar el carácter fundamental de la Eucaristía como signo de unidad y vínculo de caridad.

La Eucaristía, por ello, no se celebra sin el Obispo — o el ministro legítimo, es decir, el sacerdote —, que es en su diócesis el presidente nato de una celebración digna de tal nombre (cf. "Sacrosanctum Concilium", 41). Ni se celebra adecuadamente cuando esta referencia eclesial se pierde o se pervierte porque no se respeta la estructura litúrgica de la celebración, tal como ha sido establecida por mis predecesores y por mí mismo. "La Eucaristía que se pone al servicio de las propias ideas y opiniones o a finalidades ajenas a ella misma no es ya una Eucaristía de la Iglesia. En lugar de unir, divide.

Que esta Eucaristía que yo mismo, sucesos de San Pedro y "fundamento de la unidad visible" (cf. "Lumen gentium", 18), presido, y en la que participan vuestros Obispos en torno al Papa, os sirva de modelo y renovado impulso en vuestro comportamiento como cristianos.

Amados sacerdotes: renovad así la unidad entre vosotros y con vuestros Obispos, a fin de conservarla y acrecentarla en vuestras comunidades. Y vosotros, religiosos, estad siempre unidos a la persona y a las directrices de vuestros Obispos. Sea

el servicio de todos a la unidad un verdadero servicio pastoral a la grey de Jesucristo y en su nombre. Y vosotros, obispos, estad muy cercanos a vuestros sacerdotes.

7. En este contexto se debe insertar igualmente el verdadero ecumenismo, o sea, el empeño por la unidad entre todos los cristianos y todas las comunidades cristianas. Una vez más os digo que esa unidad se puede fundar solamente en Jesucristo, en el único bautismo (cf. Ef., 4, 5) y en la común profesión de la fe. La tarea de reconstruir la plena comunión entre todos los cristianos no puede tener otra referencia y otros criterios y ha de usar siempre métodos de leal colaboración y búsqueda. No puede servir más que para dar testimonio de Jesucristo "para que el mundo crea" (cf. Jn., 17, 21).

Otra finalidad u otro uso del empeño ecuménico no puede llevar más que a crear unidades ilusorias y, en última instancia, a causar nuevas divisiones. ¡Qué penoso sería que lo que debe ayudar a reconstruir la unidad cristiana y constituye una de las prioridades pastorales de la Iglesia en este momento de la historia se convierta, por miopia de los hombres en virtud de criterios errados, en fuente de nuevas y peores rupturas!

San Pablo nos exhorta por ello, en el pasaje recién leído, a "conservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz" (Ef., 4, 3).

Yo os repito esta exhortación y os señalo una vez más las bases y la meta de esa unidad. "Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos" (ib., 4, 4-6).

8. Amados hermanos: Os he hablado de corazón a corazón. Os he encarecido y encomendado esta vocación y misión de la unidad eclesial. Estoy cierto de que vosotros, pueblo de Nicaragua, que habéis sido siempre fieles a la Iglesia, continuaréis siéndolo también en el futuro.

El Papa, la Iglesia, así lo esperan de vosotros. Y esto pido a Dios para vosotros, con gran afecto y confianza. Que la intercesión de María, la Purísima, como vosotros la llamáis con tan hermoso nombre, que ella, que es la Patrona de Nicaragua, os ayude a ser siempre constantes a esta vocación de unidad y fidelidad eclesial. Así sea.

## 2.5. A los campesinos

Desde estas tierras panameñas de Penonomé levanto mi mirada hacia vosotros y todos vuestros compañeros de trabajo; los de Panamá y de toda América Central, Belice y Haití, para saludaros con gran estima y afecto. Para deciros que el Papa viene muy contento a visitaros y se siente feliz de estar en medio de los campesinos, gentes sencillas, honradas, y en las que resplandece una profunda religiosidad.

Permitidme que ante todo extienda mi cordial saludo y recuerdo a vuestras esposas e hijos; a todas las familias campesinas que vosotros representáis. Este saludo quiere ser también mi profundo agradecimiento por vuestra cariñosa acogida, a la vez que os exhorto a vivir cada vez más fielmente vuestra condición de cristianos.

La primera reflexión que quiero compartir con vosotros es la de vuestra dignidad como hombres y como trabajadores del campo. Una dignidad que, como ya indiqué en mi encíclica *Laborem exercens* (n. 21), no es menor que la de quien trabaja en la industria o en otros sectores de la vida social y económica.

El trabajo, en efecto, encuentra su dignidad en el designio de Dios Creador. Dios ha creado al hombre y lo ha hecho hijo e imagen suya. Lo ha creado para que con su inteligencia y trabajo físico, en la ciudad o en el campo, se perfeccione, se realice y encuentre honestamente su subsistencia personal y la de su familia. Y para que a la vez sirva con su trabajo al bien de sus hermanos y contribuya al desarrollo de la sociedad.

Ese plan divino y la dignidad que conlleva se aplican perfectamente al trabajo agrícola y a la situación del hombre que cultiva la tierra como vosotros; ya que ofrecéis a la sociedad los bienes necesarios, los productos básicos para la alimentación diaria. Pan nuestro de cada día.

Por ello no debe pesar sobre vosotros sentimiento alguno de inferioridad respecto de la dignidad de vuestras personas y género de vida. Con esa convicción buscad vuestra elevación propia, sabedores del valor y respeto que merece vuestra tarea, prestada con espíritu de servicio al hombre integral (cf. *Gaudium et spes*, 64). Recordad que Cristo mismo

quiso experimentar el cansancio físico, trabajando con sus manos como simple artesano (cf. Mt. 13, 55).

3. La Iglesia comprende y reconoce ese valor de vuestra condición de campesinos. Y quiere estar cercana a vosotros con la luz de la fe, con el estímulo de los valores morales, con su voz en defensa de vuestra dignidad y derechos.

En su enseñanza social no ha cesado de indicar a personas e instituciones, estados y organismos internacionales que aseguren el necesario desarrollo de la actividad agrícola, para que crezca en armonía y se eliminen las lacras que afectan a los hombres del campo.

La presencia del Papa hoy entre vosotros —que prolonga la de mi Predecesor Pablo VI en Bogotá y las mías en Cuilapán (México) y Recife (Brasil)— quiere ser una nueva muestra de ese deseo de cercanía a vosotros, a vuestras preocupaciones y aspiraciones.

No vengo con las soluciones técnicas o materiales que no están en manos de la Iglesia. Traigo la cercanía, la simpatía, la voz de esa Iglesia que es solidaria con la justa y noble causa de vuestra dignidad humana y de hijos de Dios.

Sé de las condiciones de vuestra precaria existencia: condiciones de miseria para muchos de vosotros, con frecuencia inferiores a las exigencias básicas de la vida humana.

Sé que el desarrollo económico y social ha sido desigual en América Central y en este país; sé que la población campesina ha sido frecuentemente abandonada en un innoble nivel de vida y no rara vez tratada y explotada duramente.

Sé que sois conscientes de la inferioridad de vuestras condiciones sociales y que estáis impacientes por alcanzar una distribución más justa de los bienes y un mejor reconocimiento de la importancia que merecéis y del puesto que os compete en una nueva sociedad más participativa (cf. Discurso de Pablo VI a los campesinos de Colombia, 23 de agosto de 1968).

4. Es cierto que, como indiqué en la *Laborem exercens*, "las condiciones del mundo rural y del trabajo agrícola no son iguales en todas partes, y las situaciones sociales de los

trabajadores del campo son diferentes según los países. Esto no depende solamente del grado de desarrollo de la técnica agrícola, sino también, y más aún, del reconocimiento de los justos derechos de los trabajadores del campo, y del nivel de conciencia en el campo de toda la ética social del trabajo" (n. 21).

Las cifras actuales os pueden dar una idea de este grave problema. Si en la mayoría de los países desarrollados o industrializados, el sector agrícola, modernizado y mecanizado, agrupa menos del 10% de la población activa, en muchos de los países del Tercer Mundo, el mismo sector representa hasta el 80% de la población total con un sistema tradicional de agricultura de mera subsistencia.

Por otra parte también, la distribución de la tierra y sus modos de explotación que reúne a propietarios, hacendados y agricultores asalariados, varía de un país a otro, según el sistema sociopolítico. A veces coexisten la propiedad privada, las cooperativas comunitarias y las empresas del Estado.

5. La situación de tantos campesinos preocupa a la Iglesia. Por eso yo mismo invitaba en México a la acción, "para recuperar el tiempo perdido que es frecuentemente tiempo de sufrimientos prolongados y de esperanzas no satisfechas" (Discurso en Cuilapán, 29 enero 1979).

¿Cómo no sentirse conmovido ante situaciones trágicas —por desgracia demasiado reales— como la descrita en mi Encíclica sobre el trabajo humano? "En ciertos países en vía de desarrollo, la mayoría de los hombres son obligados a cultivar las tierras de otros, y son explotados por los grandes propietarios hacendados, sin esperanza de poder jamás acceder personalmente a la posición de un pedazo de tierra. No existen formas de protección legal de la persona del trabajador del campo y de su familia para su vejez, enfermedad o desocupación. Largas jornadas de duro trabajo físico son pagadas miserablemente. Tierras cultivables son abandonadas por sus propietarios: títulos legales de posesión de un pequeño terreno, cultivado por cuenta propia desde años atrás, no son reconocidos o no pueden defenderlos delante del "hambre de la tierra" que anima a los individuos más poderosos" (*Laborem exercens*, 21).

No dudo de los esfuerzos hechos por muchos de los políticos y dirigentes de este y otros países, para mejorar seriamente vuestra situación de pobreza. Cuando sea necesario, sobre ellos incumbe el deber de "actuar pronto y en profundidad. Hay que poner en práctica transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender, sin esperar más, reformas urgentes" (*Populorum progressio*, 32).

Pero corresponde actuar no sólo a las autoridades, sino también a vosotros y a la entera sociedad, haciendo un esfuerzo conjunto, una efectiva concertación de todas las fuerzas vivas del país, para crear las estructuras del verdadero desarrollo; para llevar al campo nuevos instrumentos y medios que alivien la fatiga del campesino, que hagan su encuentro cotidiano con la tierra una situación más humana y más alegre, se aumente la productividad y se retribuya con precios justos el esfuerzo de sus manos.

De esta manera, tantos campesinos acodados hoy por su soledad, por la pobreza y la indiferencia en que se encuentran, dejarán de mirar hacia la ciudad, pensando encontrar en ella lo que el campo les ha negado. Y se evitará ver crecer las filas de la desocupación en las grandes ciudades, con nuevos males de descomposición social.

6. En la búsqueda de una mejor justicia y elevación vuestra, no podéis dejaros arrastrar por la tentación de la violencia, de la guerrilla armada o de la lucha egoísta de clases; porque este no es el camino de Jesucristo, ni de la Iglesia ni de vuestra fe cristiana. Hay quienes están interesados en que abandonéis vuestro trabajo, para empuñar las armas de odio y de lucha contra otros hermanos vuestros. A esos no los debéis seguir.

¿A qué conduce este camino de la violencia? Sin lugar a dudas crecerá el odio y las distancias entre los grupos sociales, se ahondará la crisis social de vuestro pueblo, aumentarán las tensiones y los conflictos, llegando hasta el inaceptable derramamiento de sangre, como de hecho ya ha sucedido. Con estos métodos, completamente contrarios al amor de Dios, a las enseñanzas del Evangelio y de la Iglesia, haréis imposible la realización de vuestras nobles aspiraciones. Y se provocarán nuevos males de descomposición moral y social, con pérdida de los más preciados valores cristianos.

Vuestro justo compromiso por la justicia, por el desarrollo material y espiritual, por la participación efectiva en la vida social y política, ha de seguir las orientaciones marcadas por la enseñanza social de la Iglesia, si queréis construir la nueva sociedad, la de la justicia y de la paz. Métodos y vías distintas engendrarán nuevas formas de injusticia, donde nunca encontraréis la paz que tanto y tan justamente deseáis.

7. A la manera de los discípulos de Emaús, felices de haber encontrado al Señor Resucitado y de haberlo reconocido en la "fracción del pan" (cf. Lc 24, 35), vosotros, amados campesinos, debéis vivir la alegría de compartir el pan con vuestros hermanos. Sé que sois con vosotros hermanos. Sé que sois capaces de compartir el pan, en acciones de ayuda desinteresada que tanto os distinguen y honran.

Se trata de compartir también vuestra solidaridad y capacidad de mutua asistencia, de superar los egoísmos y pequeñeces, de fortalecer y compartir vuestra fe y religiosidad.

El pan que el campesino saca de las entrañas de la tierra es el pan que alimenta a la humanidad. Y es el pan de la Eucaristía que la Iglesia consagra diariamente y da de comer a todos los hijos que lo quieren compartir como hermanos en la misma fe. Es el pan que nos une en la Iglesia, que nos hace sentirnos hermanos e hijos de un mismo Padre. Es el pan que alimenta nuestra fe mientras peregrinamos y es prenda de esperanza para la eternidad feliz a la que nos encaminamos.

Esa constante referencia a Dios ha de inspirar vuestro empeño en favor de la justicia, del amor al hombre, de la búsqueda eficaz de una sociedad nueva, que abra la esperanza de acabar con la dramática distancia que separa a los que tienen mucho de los que no tienen nada.

Podéis estar seguros de que la Iglesia no os abandonará. Vuestra dignidad humana y cristiana es sagrada para ella y para el Papa. Ella seguirá reclamando la supresión de las injustas desigualdades, de los abusos autoritarios. Seguirá apoyando y colaborando en las iniciativas y programas orientados a vuestra promoción y desarrollo.

Que la Virgen María, madre amorosa vuestra, os acompañe siempre, os proteja, guarde a vuestras familias, reciba vuestras plegarias e interceda por vosotros ante Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, en cuyo nombre os bendigo con inmenso afecto, queridos campesinos, Amén.

## 2.6. A los indígenas

Amadísimos hermanos e hijos:

1. Mi corazón rebosa de alegría al veros congregados aquí, después de recorrer tan diferentes caminos, con sacrificios y fatigas, para darme la ocasión de abrazaros y deciros cuánto os ama la Iglesia; cuánto os ama el Sucesor de San Pedro, el Papa, Vicario de Cristo.

En vosotros abrazo y saludo a todos los indígenas y catequistas que viven en los diversos lugares de Guatemala, de Centroamérica y de toda América Latina. Para todos mi afecto; para todos mi oración, mi respaldo, mi solidaridad y mi bendición.

Y muchas gracias por haber venido a este encuentro con el Papa. Lo aprecio profundamente, porque tenía especialísimo interés en estar con vosotros, que sois los más necesitados.

2. Acabamos de escuchar en el Evangelio de San Lucas el impresionante pasaje que nos muestra a Jesús, nuestro Salvador, en la Sinagoga de Nazaret, un día de sábado.

Delante de sus paisanos, Jesús se levanta para leer las Escrituras. Le entregan el libro del Profeta Isaías, lo abre y lee: el espíritu del Señor está sobre de mí; me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva; me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y oprimidos; a dar la vista a los ciegos; a anunciar la gracia del Señor; a vendar los corazones rotos; a consolar a los que lloran; pues será conocida en las naciones su raza y sus vástagos entre los pueblos; los que en las vean reconocerán que son raza bendita de Yahvé (cf. Is 61, 1-9).

Jesús cerró el libro, lo devolvió y se sentó. Todos los ojos estaban fijos en él. Habló y les dijo: Esta Escritura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy (cf. Lc 61, 1-9).

Sí, en el Hijo de Dios, Jesucristo, nacido de la Virgen María, se cumple esta Escritura. El es el enviado de Dios para ser nuestro salvador.

Esta es la Buena Nueva que os anuncio; Buena Nueva que vosotros, con corazón sencillo y abierto, habéis acogido, aceptando la fe en Jesús nuestro Redentor y Señor.

Cristo es el único capaz de romper las cadenas del pecado y sus consecuencias que esclavizan.

Cristo os da la luz del Espíritu, para que veáis los caminos de superación que debéis recorrer, para que vuestra situación sea cada vez más digna, como plenamente merecéis.

Cristo os ayuda a superar las dificultades, os consuela y apoya. El os enseña a ayudaros unos a otros para poder ser los primeros artífices de vuestra elevación.

Cristo hace que todos aceptemos que sois raza bendecida por Dios; que todos los hombres tenemos la misma dignidad y valor ante El; que todos somos hijos del Padre que está en el cielo; que nadie debe despreciar o maltratar a otro hombre, porque Dios le castigará; que todos debemos ayudar al otro, en primer lugar al más abandonado.

3. La Iglesia os presenta el mensaje salvador de Cristo, en actitud de profundo respeto y amor. Ella es bien consciente de que cuando anuncia el Evangelio, debe encarnarse en los pueblos que acogen la fe y asumir sus culturas.

Vuestras culturas indígenas son riqueza de los pueblos, medios eficaces para transmitir la fe, vivencias de vuestra relación con Dios, con los hombres y con el mundo. Merecen, por tanto, el máximo respeto, estima, simpatía y apoyo por parte de toda la humanidad. Esas culturas, en efecto, han dejado monumentos impresionantes —como los de los mayas, aztecas, incas y tantos otros— que aún hoy contemplamos asombrados.

Al pensar en tantos misioneros, evangelizadores, catequistas, apóstoles, que os han anunciado a Jesucristo, todos animados de celo generoso y de gran amor a vosotros, admiró y bendigo su entrega ejemplar, recompensada con abundantes frutos para el Evangelio.

La obra evangelizadora no destruye sino que se encarna en vuestros valores, los consolida y fortalece. Hace crecer las semillas esparcidas por el "Verbo de Dios, que antes de hacerse carne para salvarlo todo y recapitularlo todo en El, estaba en el mundo como luz verdadera que ilumina a todo hombre", como enseñó el último Concilio, el Vaticano II (*Gaudium et spes*, 57).

Esto, sin embargo, no impide que la Iglesia, fiel a la universalidad de su misión, anuncie a Jesucristo e invite a todas las razas y a todos los pueblos a aceptar su mensaje. Así, con la evangelización, la Iglesia renueva las culturas, combate los errores, purifica y eleva la moral de los pueblos, fecunda las tradiciones, las consolida y restaura en Cristo (cf. *Gaudium et spes*, 58).

En esa misma línea, vuestros Obispos dijeron con claridad, junto con el Episcopado de América Latina: "La Iglesia tiene la misión de dar testimonio del verdadero Dios y del único Señor. Por lo cual, no puede verse como un atropello la evangelización que invita a abandonar falsas concepciones de Dios, antinaturales y aberrantes manipulaciones del hombre por el hombre" (*Puebla*, 406).

4. Pero la Iglesia no sólo respeta y evangeliza los pueblos y las culturas, sino que ha sido defensora de los auténticos valores culturales de cada grupo étnico.

También en este momento la Iglesia conoce, queridos hijos, la marginación que sufrís; las injusticias que soportáis; las serias dificultades que tenéis para defender vuestras tierras y vuestros derechos; la frecuente falta de respeto hacia vuestras costumbres y tradiciones.

Por ello, al cumplir su tarea evangelizadora, ella quiere estar cerca de vosotros y elevar su voz de condena cuando se viole vuestra dignidad de seres humanos e hijos de Dios; quiere acompañaros pacíficamente como lo exige el Evangelio, pero con decisión y energía, en el logro del reconocimiento y promoción de vuestra dignidad y de vuestros derechos como personas.

Por esta razón, desde este lugar y en forma solemne, pido a los Gobernantes en nombre de la Iglesia, una legislación que os ampare eficazmente de los abusos y os proporcione el ambiente y los medios adecuados para vuestro normal desarrollo.

Ruego con encarecimiento que no se os dificulte la libre práctica de vuestra fe cristiana; que nadie pretenda confundir nunca más evangelización con subversión, y que los ministros del culto puedan ejercer su misión con seguridad y sin trabas. Y vosotros no os dejéis instrumentalizar por ideologías que os incitan a la violencia y a la muerte.

Pido que sean respetadas vuestras reservas, y ante todo que sea salvaguardado el carácter sagrado de vuestra vida. Que nadie, por ningún motivo, desprecie vuestra existencia, pues Dios nos prohíbe matar y nos manda amarnos como hermanos.

Finalmente, exhorto a los responsables a que se cuide vuestra elevación humana y cultural. Y para ello que se os provea de escuelas, de medios sanitarios, sin ningún tipo de discriminación.

Con profundo amor hacia todos, exhorto a seguir las vías de solución concreta trazadas por la Iglesia en su ense-

ñanza social; a fin de lograr por ese camino las necesarias reformas, evitando todo recurso a la violencia.

5. A vosotros, amados hijos, pertenecientes a tan numerosos grupos étnicos, os invito a cultivar los valores que os distinguen:

La **PIEDAD**, que os lleva a dar a Dios un puesto importante en vuestra vida, a amarlo como Padre providente y misericordioso y a respetar su santa ley. Abríos al amor de Cristo. Dejadlo influir en vuestras personas, en vuestros hogares, en vuestras culturas.

La **LABORIOSIDAD**, con la cual no sólo ganáis honradamente vuestro sustento y el de vuestras familias, sino que evitáis el ocio, fuente de muchos males, a la vez que hacéis de la tierra una morada más digna del hombre. Con el trabajo cumplis la voluntad de Dios: perfeccionar la creación, realizaros vosotros mismos y servir a los demás. Pido en nombre de Dios que vuestro trabajo sea remunerado justamente y se abra así el camino hacia vuestra dignificación.

El **AMOR A VUESTRO HOGAR Y A VUESTRA FAMILIA**. Deben ser el centro de vuestros afectos, el estímulo en vuestra vida. Que los respetéis siempre; que no los destruyáis con el vicio ni con el pecado; que no los arruinéis con el alcoholismo, causante de tantos males.

La **SOLIDARIDAD**. Vuestro amor fraterno debe expresarse en una solidaridad creciente. Ayudaos mutuamente. Organizad asociaciones para la defensa de vuestros derechos y la realización de vuestros proyectos. Cuántas obras importantes se han logrado ya por este camino.

El **APOSTOLADO**. Sé que entre vosotros hay muchos celebradores de la Palabra, muchos catequistas y ministros.

No desmayéis en el apostolado. El apóstol genuino del indígena debe ser el mimo indígena. Dios os conceda que lle-

guéis a tener muchos sacerdotes de vuestras propias tribus. Ellos os conocerán mejor, os comprenderán y sabrán presentaros adecuadamente el mensaje de salvación.

Por medio de una buena y permanente catequesis, llegaréis a la fe adulta con la cual purificaréis ritos y ceremonias tradicionales que deben ser iluminadas cada vez más con el Evangelio.

6. Pienso en vuestros lugares de peregrinación como Esquipulas y Chichicastenango. Que sean centros privilegiados de evangelización, donde el contacto serio con la Palabra de Dios, sea para vosotros una permanente llamada a la conversión y a la vivencia más pura de la fe.

Confío, queridos míos, en que regresaréis a vuestros hogares confortados con el encuentro que hemos tenido; con mayor amor a la Iglesia que os ama y desea servir; con el propósito de ser mejores.

Yo os llevaré en mi corazón y pediré frecuentemente para todos abundantes bendiciones del cielo.

Recordad, finalmente, que el Hijo de Dios vino a nosotros en la persona de Jesús, nuestro Salvador, por medio de una mujer, la Virgen María. Ella es nuestra hermana y también nuestra Madre. La Madre de cada uno y de la Iglesia.

Sé que vosotros la amáis y la invocáis, llenos de confianza. A Ella le suplico que os proteja. Ella ampare vuestros hogares; os acompañe en el trabajo; en las penas y en las alegrías; en la vida y en la muerte.

María os dé a Cristo y sea siempre vuestra Madre muy amada. Así sea.

'Quinyá rutzil iwach conojel, ishokib, achijab, alobom, alitomab, e rij tak winak' (Doy un saludo de paz a todos Ustedes, mujeres, hombres, muchachos, muchachas, gente vieja).

## 2.7. Saludo a los rectores y estudiantes universitarios

Ilustres Señores,  
queridos universitarios y universitarias

Me alegro de tener este encuentro con vosotros, Señores Rectores, Profesores y Estudiantes universitarios de Guatemala. En mi saludo afectuoso y cordial a todos los aquí presentes, quiero abarcar también a cuantos comparten, en este País y en los vecinos que visito estos días, las tareas propias de la investigación, del pensamiento y de la formación de los jóvenes. Un sector importantísimo para el progreso humano, intelectual y moral de las personas de los grupos étnicos y de la entera sociedad.

Por eso os manifiesto mi profunda estima por vuestra labor, que he compartido durante algunos años en mi vida de docencia universitaria. En ella he podido constatar la trascendencia de vuestra misión, que en el conjunto de estos pueblos está llamada a ejercitar un influjo decisivo, no sólo en el ámbito de las personas, sino de las naciones; pues es un hecho que la cultura configura las sociedades. Por eso mismo, cuando se quieren construir formas de convivencia más elevadas y

justas, hay que prestar atención al mundo cultural, pues no se trata sólo de buscar nuevas distribuciones de la riqueza que sean más justas, sino mejor distribución de la cultura y del consiguiente influjo social.

Elemento imprescindible habrá de ser la referencia a los valores espirituales y morales del hombre, que en vuestro caso se han concretado en la visión cristiana que os anima y que ha sido una característica de los Centros que aquí representáis. Será cometido vuestro mantener y corroborar esta fidelidad. Y acaricio la esperanza de que la Iglesia, madre y maestra de pueblos, siga siendo para vosotros y para vuestros compañeros lugar de encuentro, de referencia y de estímulo para vuestras mejores iniciativas al servicio del hombre integral.

Como mi breve permanencia aquí no me permite un encuentro más largo, os entrego un mensaje escrito, que quiere ser testimonio de mi estima y aprecio.

Pidiendo al Señor que ilumine vuestras personas y actividades, os imparto cordialmente mi bendición.

## 2.8. Mensaje al mundo universitario

Señores Rectores, Profesores,  
queridos Universitarios y Universitarias:

1. En el marco de mi visita a América Central, Belice y Haití deseo dirigiros este mensaje escrito, para reflexionar

juntos sobre las especiales relaciones que unen a la Iglesia con la Universidad. Ello quiere ser también prueba del gran interés que la Iglesia presta a la **misión indispensable de la Universidad en la sociedad actual**, sobre todo en esta época tan atenta al progreso integral del hombre.

Como bien sabeis, es en Europa donde la **Universidad ha nacido en el seno mismo de la Iglesia**, como una extensión casi natural de las funciones que la misma Iglesia ejercía en el terreno de la enseñanza, de la educación, de la investigación y del servicio cultural. A partir de modestas escuelas, surgidas en torno a las catedrales y monasterios, se desarrollaron gradualmente facultades y centros de enseñanza superior, que la Iglesia ha apoyado, luego instituido y confirmado en sus prerrogativas y autonomías académicas. Poco a poco se desarrollaron comunidades universitarias prestigiosas como las de Bolonia, París, Oxford, Praga, Cracovia, Salamanca, Coimbra, que han ejercido un papel encomiable en la maduración de la cultura europea, la cual no sería lo que es sin su impulso y aportación.

2. En el momento en que la acción de Europa se extendía hacia estas tierras, la Iglesia quiso que se crearan universidades o escuelas superiores, para responder a las necesidades propias del Nuevo Mundo. Así se implantaron tantas Universidades, bastantes de las cuales han sido célebres: las de Santo Domingo, Lima, México, Sucre, Quito, la Javeriana de Bogotá, la de Córdoba y la Universidad San Carlos de Guatemala, de las que se nutren otras posteriores. Allí se ha impartido una excelente enseñanza, tanto en teología como en filosofía, letras, artes, humanidades, medicina, derecho, matemáticas, astronomía, botánica. Y a la vez se crearon prestigiosas bibliotecas en los principales centros universitarios del Continente.

3. Pero mi intención no es hacer la apología de un periodo que, como toda época, conoció sus éxitos y dificultades, sino subrayar **la función que la Iglesia ha tratado de realzar en esta experiencia secular, por medio de las universidades.**

Desde el principio ha aspirado a cultivar las ciencias sagradas y profanas, para profundizar la obra de Dios y servir a la sociedad. Las Universidades han formado así grandes hombres de Iglesia, médicos, educadores, expertos en derecho y en jurisprudencia, que han estado al servicio de la comunidad. En una palabra, las Universidades contribuyeron a suscitar, en cada lugar, una clase de personas altamente calificadas para cubrir las necesidades específicas de las sociedades del Nuevo Continente.

4. La Iglesia recordaba a menudo que la función de la Universidad era la de **defender al hombre, sus derechos y su libertad.** Baste evocar aquí la voz profética del gran Obispo Francisco de Marroquín que, cien años antes de la creación de la prestigiosa Universidad San Carlos de Guatemala, proclamaba la misión cristiana y humana de la Universidad; que hizo todo lo posible para facilitar su creación futura, dejando incluso dote para tal fin.

Para él, la Universidad debía consagrarse al progreso de las ciencias divinas y humanas, y a la defensa de los derechos del hombre. Este espíritu, recordado constantemente por la Iglesia, contribuyó a la eclosión de una cultura original, abierta al **servicio del hombre latinoamericano** y a la promoción de su propia identidad. De estas Universidades surgen en gran parte los hombres y mujeres que han forjado las naciones latinoamericanas, que han definido la autonomía y la vocación cultural, afirmando siempre la comunidad espiritual de los pueblos de este Continente.

5. Estas Universidades contribuyeron a la difusión de un **humanismo enraizado en el rico humus cultural de vuestras regiones.** Recordemos, en campo científico, a José Celestino Mutis, del Colegio Mayor del Rosario de Bogotá, un gran botánico y especialista en los descubrimientos astronómicos de Copérnico. Pensemos también en el gran poeta y latinista Rafael Landívar, de Guatemala.

Y cómo olvidar las exploraciones de los misioneros e investigadores cristianos sobre las grandes civilizaciones precolombinas, como la de los Mayas, de la que se descubrió posteriormente los monumentos impresionantes, la cosmología, los conocimientos matemáticos y astronómicos, así como el sentido profundo de lo sacro. Así, estas culturas son mejor comprendidas y estudiadas hoy, y se constata el influjo que ejercieron en vosotros estas antiguas civilizaciones.

6. Se puede decir pues que **la historia universitaria en vuestros países ha estado por bastante tiempo unida a la vida de la Iglesia.** Si las circunstancias y las evoluciones políticas han podido romper luego estos lazos y suscitar incomprendiones recíprocas, hay que reconocer, no obstante, **que entre la Universidad y la Iglesia existe una real connaturalidad.**

En efecto, la Universidad y la Iglesia, se consagran, cada una según su manera propia, a la búsqueda de la verdad, al progreso del espíritu, a los valores universales, a la comprensión y al desarrollo integral del hombre, a la exploración de los misterios del universo. En una palabra, la Universidad y la Iglesia quieren servir al hombre desinteresadamente, tratando de responder a sus aspiraciones morales e intelectuales más altas. La Iglesia enseña que la persona humana, creada a imagen de Dios, tiene una dignidad única, que es necesario defender contra todas las amenazas que, sobre todo actualmente, acechan con destruir al hombre en su ser físico y moral, individual y colectivo.

La Iglesia se dirige muy en particular a los actuales universitarios para decirles: **tratemos de defender juntos al hombre en sí mismo, cuya dignidad y honor están seriamente amenazados.** La Universidad, que por vocación es una institución desinteresada y libre, se presenta como una de las pocas instituciones de la sociedad moderna capaces de defender con la Iglesia al hombre por sí mismo; sin subterfugios, sin otro pretexto y por la sola razón de que el hombre posee una dignidad única y merece ser estimado por sí mismo.

Este es el humanismo superior que enseña la Iglesia. El que os ofrece en vuestra tarea tan noble y urgente, universitarios y educadores. Permitidme por ello que os exhorte a emplear todos los medios legítimos a vuestro alcance: enseñanza, investigación, información, diálogo con el público, para llevar a cabo vuestra misión humanística, convirtiéndoos en artífices de esa civilización del amor, la única capaz de evitar que el hombre sea un enemigo para el hombre.

7. Es asimismo necesario, de una parte y de otra, favorecer también hoy día las condiciones de un diálogo fecundo entre la Iglesia y las Universidades. En la plenitud de su justa autonomía y en medio de contextos jurídicos y civiles que no pueden ser los del pasado, las Universidades pueden tener no poco interés en considerar con atención y más a fondo la riquísima antropología que el Concilio Vaticano II ha madurado y expresado para los tiempos modernos, en documentos inspiradores como la Constitución *Gaudium et spes*, que se presenta como una respuesta no sólo a las esperanzas sino también a las angustias del hombre moderno, sediento, quizá como nunca en la historia, de liberación y de fraternidad. Las Universidades católicas, de acuerdo con su propia misión, deben profundizar en los **fundamentos divino-humanos y en el valor universal de tal antropología.**

Pero todos los hombres y mujeres de buena voluntad están invitados encarecidamente a compartir esta **visión moral y espiritual del hombre**, que nuestra época está llamada a promover con todas sus energías, si quiere superar sus contradicciones y evitar el drama de guerras absurdas y desgarras fratricidas. De lo contrario, **el hombre seguirá explotando vergonzosamente al hombre, sometiéndolo al juego cruel de los intereses o de las ideologías.**

Este lenguaje —lo estoy comprobando en mis encuentros con los hombres y las mujeres de cultura y de ciencia— no deja indiferente a ninguno. Todos entienden que para defender al hombre con desinterés y promover su verdadero progreso hay que superar nuestras divisiones, disociar la enseñanza superior de los enfrentamientos de parte, en una palabra, llenar el espíritu de verdad y de justicia.

La Universidad faltaría a su vocación si se cerrase al sentido de lo absoluto y de lo trascendente, ya que limitaría arbitrariamente la investigación de toda la realidad o de la verdad, y terminaría por perjudicar al hombre mismo, cuya más alta aspiración es conocer lo verdadero, lo Bueno, lo Bello, y esperar en un destino que lo trasciende. Así pues, la Universidad debe convertirse en el testimonio de la verdad y de la justicia, y reflejar la conciencia moral de una nación.

Los universitarios, los intelectuales, los educadores, pueden ejercer un peso considerable en la lucha por la justicia social, un objetivo que hay que perseguir con valentía y vigor, con los medios de la misma justicia, llevando a cabo todas las mejoras que impone la ética en las relaciones económicas y sociales, y evitando al mismo tiempo las violencias destructoras de los enfrentamientos revolucionarios. La Universidad tiene a su disposición un inmenso poder moral para defender la justicia y el derecho, actuando en conformidad con sus propios medios, que son los del saber competente y de la educación moral. Asimismo la Universidad debe tratar de fomentar, en la medida de lo posible, la extensión de los beneficios de la educación superior a todas las clases y a todas las generaciones susceptibles de aprovecharse de ella.

Programa ambicioso, ciertamente; difícil de realizar de una vez; pero se trata de un proyecto ideal que debe inspirar los desarrollos futuros de la Universidad, la reforma de los programas y la renovación de la orientación universitaria.

8. Dirijo una llamada especial a los católicos, para que acojan generosamente estas orientaciones e inventen las vías de un nuevo diálogo entre la Iglesia y el mundo universitario, científico y cultural. **La empresa me parece vital para la Iglesia y para vuestras naciones.** En efecto, ¿qué futuro puede es-

perarse, si el hombre es sacrificado y si se destruye a sí mismo? Solamente la antropología fundada sobre el amor incondicional del hombre y sobre el respecto de su destino trascendente permitirá a las presentes generaciones superar las crueles divisiones y luchar contra las indignidades físicas, morales y espirituales que deshonran actualmente a la humanidad.

Las Universidades católicas tienen hoy un papel especial que jugar en cuanto a profundizar una antropología liberadora que considere al hombre en su cuerpo y en su espíritu; y pueden entablar un diálogo original con todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Partiendo de su vocación y de su identidad cristiana, las Universidades católicas podrán responder eficazmente al gran desafío que tienen hoy día.

Dirijo también una llamada apremiante a aquellos católicos que trabajan habitualmente en las universidades y en los centros de investigación, para que todos unidos defendamos al hombre individual y colectivo, en el momento actual y en el futuro. Estoy convencido de que mi llamada encontrará una decidida y generosa respuesta por parte de todos los Responsables de la Iglesia: de los religiosos, las religiosas, los seglares, los hombres y mujeres de todas las edades.

Pensando en estas cuestiones tan graves de nuestra época, he decidido crear el Pontificio Consejo para la Cultura (cf. *L'Osservatore Romano*, 20 de mayo de 1982), con el fin de dar un impulso a la Iglesia en tan importantes materias y testimoniar a la vez el gran interés que la Santa Sede presta al diálogo de las culturas y a la promoción intelectual del hombre.

A vosotros, responsables y miembros del mundo universitario de esta área geográfica, os reitero mi profunda estima por vuestra alta y trascendental misión. Y pido a Aquel que es la plenitud de la Verdad y el destino del hombre, que oriente vuestros caminos, los haga servir al bien de la humanidad y los eleve hacia una altura de trascendencia.

Guatemala de la Asunción, 7 de marzo 1983.

## 2.9. A los obreros

Queridos obreros:

1. En el marco de mi viaje apostólico por tierras del área geográfica centroamericana, envío a vosotros, obreros y obreras de los diversos países, un cordial recuerdo y saludo, que extiendo a vuestras familias.

Es verdad que esta zona del mundo presenta características prevalentemente rurales. Sin embargo, la industrialización todavía incipiente, que vuestros pueblos están llamados a lograr en mayor grado, en un futuro no lejano, me hace pensar en el importante papel que tendréis como constructores de la sociedad en vuestras naciones.

Deseo por ello compartir con vosotros algunas reflexiones sobre vuestro trabajo y dignidad, a la luz de la enseñanza social de la Iglesia.

2. Si debe respetarse la dignidad de todo trabajador y debe garantizarse el valor de su trabajo, todos los que están comprometidos en los procesos laborales habrán de convenir en la **prioridad del trabajo sobre el capital** como camino hacia el desarrollo industrial de estas Naciones (cf. *Laborem exercens*, 12).

Ninguno ignora que muchas de las condiciones actualmente existentes son injustas; que las estructuras económicas

no sirven al hombre; que tantas situaciones reales no elevan la dignidad humana; que la naciente industrialización crea ya un cierto grado de desempleo, particularmente dañoso para la juventud. La tarea que se impone es la de afrontar honestamente la complejidad de estos problemas en el plano económico social, pero más aún en el plano humano y cultural.

Al proponer estos objetivos no se quiere simplemente acusar a un sistema, ni efectuar una especie de análisis de clase que contraponga una ideología a otra. La Iglesia habla partiendo de una visión cristiana del hombre y de su dignidad. Porque está convencida de que no hay necesidad de recurrir a ideologías o proponer soluciones violentas, sino comprometerse en favor del hombre, de cada hombre y de todos los hombres, de su dignidad integral, partiendo del Evangelio. Asumiendo para ello el valor humano y espiritual del hombre en cuanto trabajador, que tiene derecho a que el producto de su trabajo contribuya equitativamente a su propio bienestar y al bienestar común de la sociedad.

Es cierto que el trabajador no siempre ha tenido la oportunidad de llegar a un suficiente desarrollo; por eso debe ser ayudado, técnica y culturalmente, a capacitarse para lograrlo, a fin de liberarlo de las injusticias y darle los medios para conseguir esta contribución al bienestar propio y ajeno,

en armonía y paz con los otros sectores del mundo del trabajo.

3. Para que ello pueda obtenerse progresivamente habrá que desarrollar los sistemas y procesos que están de acuerdo con el principio de la prioridad del trabajo sobre el capital, implantando estructuras y métodos que superan la contraposición entre trabajo y capital (cf. *Laborem exercens*, 13).

La opción que se pone ante nosotros no es la del status quo o la lucha ideológica de clase, con su correspondiente violencia. La Iglesia se dirige a los corazones y a las mentes, y sobre todo a la capacidad de cambio que existe en todos. El modo de acabar con la violencia de la oposición de clases, no es ignorar las injusticias, sino corregirlas, como la Iglesia reclama insistentemente en su enseñanza social.

Por eso ella propone como medio el estudio de nuevos modos de organización del trabajo y de las estructuras referentes al trabajo, según las exigencias que emergen de la dignidad del trabajador, de su vida en familia y del bien común de la sociedad; sobre todo en una sociedad que comienza a industrializarse, y donde puede ser fuerte la tentación de dejar que las fuerzas del mercado sean el factor determinante en el proceso productivo. En tal caso se llega a una inaceptable reducción de la persona del trabajador a la condición de objeto.

Al contrario, la Iglesia siempre enseña que todo esfuerzo de progreso social debe respetar el carácter prevalentemente subjetivo de la persona y de su trabajo, es decir, "cuando toda persona, basándose en su propio trabajo, tenga pleno título a considerarse al mismo tiempo "copropietario" de esa especie de gran taller de trabajo en el que se compromete con todos" (*Laborem exercens*, 14).

Cada persona y las distintas organizaciones de la sociedad deben colaborar a encontrar o crear estructuras sociales que ayuden a eliminar injusticias y asegurar estos objetivos. Ante todo las asociaciones o sindicatos constituidos a este fin y que, de acuerdo con el principio de subsidiaridad, deben gozar de la conveniente libertad de acción, de manera que respondan lo más adecuadamente posible a las necesidades de la sociedad.

4. En tema laboral, la primera e indispensable condición es el **justo salario**, que constituye el patrón para medir la justicia de un sistema socio-económico (cf. *Laborem exercens*, 19). Son, sin embargo, varios los elementos que componen el justo salario y que van más allá de la mera remuneración por un trabajo específico realizado.

El justo salario incluye obviamente esto como base, pero considera en primer lugar y ante todo al sujeto, es decir al trabajador. Lo reconoce como socio y colaborador en el proceso productivo y lo remunera por lo que él es en dicho proceso, además de por lo que ha producido. Ello debe tener en cuenta, naturalmente, a los miembros de su familia y sus derechos, a fin de que puedan vivir de manera digna en la comunidad y así puedan tener las debidas oportunidades para el propio desarrollo y mutua ayuda.

El justo salario tiene que considerar al trabajador y su familia como colaboradores en el bien de la sociedad. Y su salario debe ser tal que el trabajador y su familia puedan disfrutar de los **beneficios de la cultura**, dándoles también la posibilidad de contribuir por su parte a la elevación de la cultura de la nación y del pueblo.

Llevar esto a cabo no es una tarea fácil. Además no compete sólo a dos personas estipular los relativos contratos. La determinación del justo salario exige también la **activa colaboración del empresario indirecto**. Las estructuras del gobierno deben tener su parte equilibradora. Porque no es aceptable que el poderoso obtenga grandes ganancias, dejando al

trabajador unas migajas. Ni es aceptable que gobierno y empresarios, sean de dentro o de fuera del país, estipulen acuerdos entre sí mismos, beneficiosos para ambos, excluyendo la voz del trabajador en este proceso o su participación en los beneficios.

El objetivo es, por ello, una tal organización del mundo del trabajo y de la industria que los canales de la comunicación y participación estén asegurados. Entonces, utilizando estos canales, todos los trabajadores, dirigentes, propietarios de los medios de producción y gobierno deben colaborar para llegar a la irrenunciable meta de un justo salario, que incluya todos los factores necesarios que garantizan la justicia al trabajador en el sentido más pleno y profundo (cf. *Dives in misericordia*, 14). Solamente cuando cada uno de los componentes asumen su propia responsabilidad, en colaboración con los otros, puede la sociedad ir más allá de polarizaciones de ideología y lucha de clases, para asegurar el crecimiento armónico del trabajador, de la familia y sociedad.

5. Hay otros dos problemas, distintos pero relacionados entre sí, sobre los que querría llamar brevemente la atención. Son los del **analfabetismo** y del **deseempleo**. Afrontar estos problemas, quiere decir ante todo hacerse conscientes de la situación y movilizar luego los recursos disponibles para extirpar tales males. Significa también mantener dentro de las dimensiones humanas el problema del trabajo, considerando todos los valores culturales y religiosos del hombre.

Un necesario **programa de eliminación del analfabetismo** deberá conducir a todo ciudadano hacia la cultura, preparándolo para que tenga la oportunidad de participar en la dirección de la sociedad y pueda desplegar sus energías creadoras, para contribuir a la herencia común de su país. Ello redundará en bien de la persona, de la familia y de la sociedad.

Este objetivo deberá estar en la base de cualquier programa de elevación humana, ya que es una de las primeras exigencias de la dignidad del hombre y condición previa para su posterior progreso en cualquier campo.

El problema del **deseempleo** es una lacra de nuestro mundo, debido a diversas causas económicas y políticas. También a la Iglesia preocupa este problema, que tiene un significado no sólo social o económico, sino también personal, psicológico y humano, porque humilla a la persona a sus propios ojos, le provoca un cierto sentimiento de inutilidad e indefensión, constituyendo una experiencia dolorosa, sobre todo para los jóvenes y los padres de familia.

Hay que tender con todas las fuerzas sociales disponibles a integrar a todo trabajador en las diversas actividades del **trabajo productivo**. Y será quizá oportuno separar una parte de beneficios laborales, para convertirlos en nuevos puestos de trabajo en favor de los desocupados. Además de tratar de promocionar actividades que estén también unidas al sistema productivo, como la asistencia social, los proyectos de educación y cooperación, las iniciativas culturales y otras.

6. **Amados obreros:** La Iglesia desea para vosotros y quiere ayudaros, en lo que de ella depende, a lograr metas más altas de justicia y dignidad. Desea vuestro bienestar material y el de vuestras familias. Pero no hay que detenerse ahí. Sois seres humanos con vocación que supera la vida terrena. Por eso os alienta a abrirlos a Dios, a acoger y seguir la enseñanza y ejemplos de Cristo. A vivir responsablemente vuestra fe cristiana como hijos de Dios y de la Iglesia.

Pido para vosotros la luz, la fortaleza, la esperanza y la valentía de la fe. Y dejo a vosotros, a todos los obreros de los países que he visitado en estos días y a vuestras familias, mi saludo afectuoso, mi bendición y mi cordial recuerdo.

## 2.10. Despedida de Guatemala

Señor Presidente,  
hermanos en el Episcopado,  
y guatemaltecos todos:

Está a punto de concluir mi visita apostólica a América Central, iniciada hace una semana.

En estos últimos días he podido encontrar repetidas veces al querido pueblo de Guatemala, no sólo durante las celebraciones litúrgicas o reuniones de carácter religioso, sino en tantos otros lugares de mi recorrido por vuestras avenidas y plazas. También al dirigirme o regresar de la visita a otros países cercanos.

Han sido ocasiones en las que he podido descubrir en vuestros rostros y actitudes ese calor humano, sincero y cordial, abierto y hospitalario, que denota la finura de sentimientos del alma guatemalteca. Pero he sentido sobre todo el latido de fe que aleteaba en vuestro espíritu y en vuestras manifestaciones externas; era la profunda sintonía con quien tanto representa para el pueblo cristiano en el orden religioso; con el Papa, sucesor de San Pedro y Vicario de Cristo, que por vez primera venía a veros para alentarnos en vuestra vida cristiana.

Si fuerte ha sido esta percepción durante mi permanencia en la capital de la nación, no ha sido menos viva en el tiempo transcurrido en Quezaltenango con los indígenas y catequistas. Por eso, en lo profundo de mi espíritu quedará el recuerdo agradabilísimo de todos los hijos de Guatemala —tanto los ladinos como los indígenas— sobre quienes continuaré implorando en la plegaria los dones de la fraternidad, de la justicia, de la paz, hecha de mutuo respeto y colaboración, con idéntica dignidad; sea en la vida religiosa, sea en la convivencia civil, en el trabajo o en la justa inserción de todos en los diversos ambientes sociales.

A los queridos hermanos en el Episcopado, a los amados sacerdotes, religiosos, catequistas y laicos comprometidos en la actividad eclesial, así como a los religiosos —con quienes he tenido en Guatemala un muy grato encuentro— confío de nuevo mi mensaje de fe, de paz, de promoción y convivencia, para que la semilla sembrada produzca.

Doy gracias a Dios por el tiempo que he podido transcurrir entre vosotros como alentador de la reconciliación. Y mi gratitud se extiende asimismo, con profunda sinceridad, a cuantos me han acogido tan cordialmente y han colaborado con entusiasmo para el buen resultado de la visita. Ante todo el señor presidente de la nación, a quien va mi deferente reconocimiento; a las autoridades, entidades diversas y a tantas personas. A todos, mi reiterado agradecimiento.

Pero al dejar la tierra guatemalteca, no puedo menos de levantar mi pensamiento también hacia los países de América Central que he visitado en los pasados días. ¡Cuántos recuerdos acuden a mi mente al remontar las etapas de mi viaje en Honduras, El Salvador, Panamá, Nicaragua y Costa Rica! Nombres que se asocian a los de Belice y Haití que visitaré hoy.

Son patrias de pueblos admirables, que quieren conservar su secular identidad cristiana y vivir en un clima de justicia y de paz. Pueblos cuyo sufrimiento he percibido de modo tan claro.

No podía traerles la solución hecha, ante problemas complejos que escapan a la capacidad de la Iglesia. Pero me he acercado a ellos con respeto y cariño, con una palabra que diera voz, ante el mundo, a sus sufrimientos callados y a veces olvidados; con una palabra de invitación al cambio de actitudes interiores, que hagan embocar el camino hacia la paz en la justicia y dignidad; con una palabra de aliento y esperanza, que aún puede reverdecer en corazones asolados por el dolor y la violencia.

Al despedirme y reiterar mi afectuosa bendición a cada pueblo y persona de estos países, pido al Altísimo que suscite nuevas energías de buena voluntad; que haga cesar finalmente el rumor de la guerra; que mueva los corazones por caminos de justicia; que bendiga a cuantos trabajan honestamente por el bien, a cuantos ayudan a los que sufren, a quienes acogen y dan una mano fraterna a los exiliados o desplazados; a quienes, de cualquier forma, enjugan —humanitaria y cristianamente— el rostro dolorido del hombre centroamericano, que es el rostro de Cristo. Así sea.

## 2.11. Homilía: La fuerza liberadora del sacramento del amor y de la devoción a la Virgen

Queridos hermanos y hermanas:

I. Aquí estoy con vosotros en Puerto Príncipe, en este país de Haití a donde tenía tantos deseos de venir; por fin se me ha concedido esta gracia, a mí y a vosotros, para que juntos podamos alabar a la Santísima Trinidad y adorarla, dar gracias a Jesucristo, Hijo de Dios e Hijo de María, en el misterio de su Eucaristía, y venerar a su Bienaventurada Madre y Madre nuestra, Madre de la Iglesia, a la que vosotros invocáis con el título de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

Celebramos, en efecto, la clausura de vuestro gran Congreso Eucarístico, que estáis dispuestos ahora a prolongar y aplicar en vuestra vida diaria, personal, familiar y social.

Reunidos en la alegría, participamos en esta fiesta, yo Sucesor de Pedro y Pastor de todos los fieles, principio visible de la unidad de la Iglesia (cf. *Lumen gentium*, 18), vuestros

obispos, todos ellos autóctonos, y vosotros mismos, hombres y mujeres, jóvenes, chicos y chicas, niños y ancianos, hijos e hijas de este noble pueblo de Haití. Sé muy bien cual es vuestro sentido de la celebración, de la fiesta, de la oración. Lo constato en este mismo momento por vuestros cantos y vuestras respuestas entusiastas. Estoy contento de dar ocasión a ello y por ello doy gracias a Dios.

Pero hay más. Por primera vez en mis visitas a América Latina, me sucede estar en un país cuya población está constituida en su mayoría por gente de color, en particular por negros. Percibo en esto un signo de especial importancia, porque me da la ocasión de entrar directamente en relación con la tercera componente de la cultura y la civilización de estos pueblos de América Latina y Central: gentes venidas de África, integradas profundamente con las otras civilizaciones originarias de América misma o venidas de Europa, para formar, a partir de estas riquezas, una realidad típica.

Este país fue el primero de América Latina que se proclamó independiente. Está, por tanto, llamado, de manera especial, a desarrollar en él mismo, en un clima de libertad, a la medida de sus medios y de los esfuerzos de todos, una obra de verdadera promoción humana y social, de manera que todos sus hijos e hijas puedan trabajar a gusto sin necesidad de verse obligados a buscar por otras partes, y con frecuencia en condiciones difíciles, lo que deberían encontrar en sus lugares.

Quisiera recordar ahora un episodio más bien dramático que uno de algún modo la historia de Haití con la del pueblo polaco. Hace 170 años, tres mil soldados polacos, enviados por las fuerzas de ocupación para reprimir la insurrección de la población que luchaba por la independencia política, desembarcaban en esta isla. Y en lugar de combatir contra las aspiraciones legítimas de libertad, estos soldados simpatizaron con el pueblo haitiano. De ellos sobrevivieron unos trescientos. No hay duda de que sus descendientes han tomado parte en el desarrollo de este país. Y han conservado y cultivado sus tradiciones católicas; por ejemplo, han construido pequeñas capillas con la imagen de la Virgen de Czestochowa de Polonia. De este modo el nombre de Haití se vincula a los polacos y evoca el camino espinoso hacia la libertad, dando lugar también a una nueva fuente de reflexión histórica.

Os saludo, pues, a todos y os invito a orar y a reflexionar juntos sobre los dos misterios que celebramos hoy: la Eucaristía y María.

2. Habéis escuchado las lecturas bíblicas que han sido proclamadas. La del libro del Exodo nos hablaba de "la Pascua", de la liberación que los hijos de Israel recibieron entonces y de la que nuestras fiestas de Pascua aseguran la conmemoración. Era una fiesta de la libertad, en la que el cordero ofrecido y comido recordaba la comunión renovada con el Señor y con los hermanos, y al mismo tiempo "su paso" para asistir, acompañar y liberar a su pueblo, prisionero del Egipto faraónico, y para encaminarlo hacia la tierra prometida.

Y en el Evangelio de Juan, leído en esta Misa, es la misma Pascua la que se comienza a celebrar. Pero el "paso" del que se hace mención, es el paso de Jesús mismo, del que "había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre" (Jn 13-1). No se trataba para Él ni para sus mismos discípulos de salir de Egipto, de un éxodo temporal y geográfico. Se trata, como lo dice admirablemente el Evangelista San Lucas en la escena de la Transfiguración (cf. Lc, 31), de su éxodo, de su partida hacia el Padre, que iba a cumplirse en Jerusalén, y que se realiza en "la hora" de su pasión, de su muerte y su resurrección.

Este éxodo y esta partida están marcados por el amor: "El (Jesús), habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo" (Jn 13,1). Fue el amor el que empujó a Jesús hacia la muerte de cruz: "Me amó y se entregó por mí" (Gal 2,20). Y fue también el amor el que le inspiró dejarnos la Eucaristía.

3. La Eucaristía, lo sabemos bien por nuestra catequesis, es el sacramento del Cuerpo y la Sangre de Cristo que Él mismo ofreció una vez por todas (cf. Heb 9, 26-28), para liberarnos del pecado y de la muerte, y que ha confiado a su Iglesia para que ella haga de esos dones su propia ofrenda, bajo las especies de pan y vino, y alimente así continuamente a sus fieles, a nosotros mismos que rodeamos este altar.

La Eucaristía es, por tanto, el sacrificio por excelencia, el de Cristo sobre la cruz, ofrecido por los obispos y sacerdotes en beneficio de todos los cristianos, vivos y difuntos.

La Eucaristía es, al mismo tiempo, alimento espiritual en el que recibimos a Cristo mismo, todo entero, Dios y hombre, que nos alimenta con su propia substancia, y nos ha-

ce también semejantes a Él, a cada uno de nosotros y a todos juntos. La Eucaristía es, en efecto, la que realiza la unidad de la Iglesia, que es el Cuerpo místico de Cristo: "Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan" (1 Cor 10,17).

Reconocemos y adoramos esta presencia de Cristo bajo las especies de pan y vino cuando está reservada en el tabernáculo, para permitir a los cristianos acercarse a orar al Señor contemplándolo en su santísimo Sacramento a lo largo de todos los días, y también para poder llevar la comunión a los enfermos y a los moribundos. Le rendimos un culto público cuando la celebramos en el marco de un Congreso Eucarístico o con ocasión del Corpus Christi. Esta presencia real entre nosotros, en la celebración de la Eucaristía y siempre en relación con ella, es, para nosotros cristianos, uno de los signos del Emmanuel, Dios con nosotros, como llamó Isaías al Mesías futuro (cf. Is 7; Mt 1,23).

4. El Evangelista San Juan, que nos ha transmitido la promesa de esta Eucaristía (cf. Jn 6,51-59) y nos ha mostrado el riesgo que supone para la fe de los discípulos y para la nuestra (Ib.,60-71), nos describe también, en el marco de la última Cena de Jesús, el lavatorio de los pies (cf. Jn 13, 1-16).

¿Por qué San Juan, en lugar de la narración de la institución de la Eucaristía, como se encuentra en los otros Evangelistas y en el mismo San Pablo (cf. 1 Cor 11,17-34), quiso introducir esta narración del lavatorio de los pies? El mismo nos da la clave, al encuadrar la narración — como lo acabáis de oír — en una referencia al amor supremo de Jesús — "les amó hasta el extremo" — (Jn 13,1), ya su exhortación a seguir el ejemplo que les acababa de dar: "Si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros" (Jn 13, 14).

Estoy seguro de que lo entendéis bien, queridos hermanos y hermanas de Haití. Quien participa en la Eucaristía está llamado a seguir el ejemplo de Jesús a quien ha recibido; está llamado a imitar su amor y a servir a su prójimo hasta lavarle los pies. Y como nosotros, es la Iglesia, la Iglesia toda entera, la Iglesia en Haití, la que debe comprometerse a fondo para el bien de los hermanos y hermanas, de todos, pero principalmente de los más pobres, precisamente porque ella acaba de celebrar un Congreso Eucarístico. En realidad, ¿no celebra ella a diario la Eucaristía? Y la Eucaristía es el sacramento del amor y del servicio.

Habéis escogido como slogan de vuestro Congreso: "Es necesario que algo cambie aquí". Pues bien, en la Eucaristía encontráis la inspiración, la fuerza y la perseverancia para comprometeros en este proceso de cambio.

Es preciso, en efecto, que las cosas cambien. En la preparación del Congreso, la Iglesia ha tenido el coraje de enfrentarse con las duras realidades actuales; y estoy seguro de que lo mismo vale para todos los hombres de buena voluntad, para todos los que aman profundamente a su patria. Tenéis un hermoso país, con numerosos recursos humanos. Se puede hablar de vuestro sentimiento religioso innato y generoso, de la vitalidad y del carácter popular de la Iglesia. Pero los cristianos han constatado también la división, la injusticia, la excesiva desigualdad, la degradación de la calidad de vida, la miseria, el hambre, el miedo de mucha gente; han pensado en los campesinos incapaces de vivir de su propia tierra, en las gentes que se amontonan, sin trabajo, en las ciudades, en las familias deshechas, en las víctimas de diferentes frustraciones. Y sin embargo, están persuadidos de que hay soluciones, desde la solidaridad. Es necesario que los "pobres" de todo tipo recuperen la esperanza. La Iglesia conserva en este campo una misión profética, inseparable de su misión religiosa, y pide libertad para realizarla: no para

acusar, y no sólo para hacer tomar conciencia del mal, sino para contribuir de manera positiva a poner bien las cosas comprometiendo todas las conciencias de los responsables en los pueblos, en las ciudades y a nivel nacional, a obrar en conformidad con el Evangelio y con la doctrina social de la Iglesia.

En efecto, hay una profunda necesidad de justicia, de una mejor distribución de los bienes, de una organización más equitativa de la sociedad, con más participación, una concepción más desinteresada de servicio a todos por parte de los que ostentan responsabilidades; hay el deseo legítimo, para los medios de comunicación y la política, de una libre expresión respetuosa de las opiniones de los otros y del bien común; hay necesidad de un acceso más abierto y más satisfactorio a los bienes y a los servicios que no pueden continuar siendo patrimonio de algunos: por ejemplo, la posibilidad de saciar el hambre y ser atendido, la casa, la escolarización, la victoria sobre el analfabetismo, un trabajo honesto y digno, la seguridad social, el respeto de las responsabilidades familiares y de los derechos fundamentales del hombre. En resumen, todo lo que hace que el hombre y la mujer, los niños y los ancianos puedan llevar una vida verdaderamente humana. No se trata de soñar con la riqueza, ni con la sociedad de consumo; se trata de un nivel de vida digno de la persona humana para todos, digno de hijos e hijas de Dios. Y esto no es imposible si todas las fuerzas vivas del país se unen en un mismo afán, contactando con la solidaridad internacional siempre deseable. Los cristianos quieren ser hombres de esperanza, de amor y de acción responsable.

Si. El hecho de ser miembro del Cuerpo de Cristo y de participar del banquete eucarístico os compromete a promover estos cambios. Este es vuestro modo de lavaros los pies unos a otros, siguiendo el ejemplo de Cristo. Hacedlo sin violencia, sin asesinatos, sin luchas intestinas, que con frecuencia no engendrán sino nuevas opresiones. Hacedlo en el respeto y amor a la libertad.

Felicito a todos los que trabajan en ello, a los que defienden los derechos de los pobres, con frecuencia con medios pobres, yo diría "con las manos atadas". Y hago una llamada a todos los que tienen el poder, la riqueza, la cultura, para que comprendan su grave y urgente responsabilidad con relación a todos sus hermanos y hermanas. Este es el honor de su cargo; les digo que también tengo confianza en ellos y que ruego por ellos.

5. Sentimos la misma necesidad de conversión cuando nos dirigimos a la Santísima Virgen, Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, objeto de vuestra primera devoción y a lo largo de vuestra historia. Esta devoción es y debe ser liberadora.

Recordemos las palabras de la Carta a los Gálatas que acabamos de escuchar: "Cuando se cumplió el tiempo, envié Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para

rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción" (Gál 4, 4-5).

Esta mujer, bendita entre todas (cf. Lc 1, 42), la conocéis bien. Gracias a su libre aceptación, a su fe y a su obediencia, "nuestra liberación" fue pagada con la muerte de su Hijo. Gracias a su cooperación en su obra redentora "nos ha sido dado ser hijos por adopción".

Por esto, la amamos y la veneramos como nuestra Madre. Por esto, estamos obligados a imitarla en su fe, en su obediencia y en su compromiso de colaboración en la misión de su Hijo, en la situación concreta en la que nos encontramos, en la que vosotros os encontráis en Haití.

Así, pues, cuando rezáis el rosario, meditando los misterios de la vida, de la muerte y de la resurrección de Cristo, uniéndoos de corazón a la presencia de María en cada uno de ellos, sed conscientes de que esto os compromete a vivir y obrar como discípulos fieles, que participan de los mismos misterios y reciben sus frutos.

Que vuestra devoción sea inteligente y activa, digna de aquellos y aquellas que han recibido en sus corazones el "Espíritu de su hijo que clama: '¡Abba!' (Padre)" (Gál 4,7). Que no sea una nueva forma de sumisión "a los elementos del mundo" (Gál 4, 3), una nueva esclavitud (*ib.*), como ciertas prácticas sincréticas, inspiradas en el miedo y en la angustia ante fuerzas desconocidas.

No. Vosotros sois hijos e hijas de Dios, liberados por Jesucristo nacido de la Virgen María. ¡Sed dignos de vuestra filiación divina y de la que os une a María! Habéis aceptado renunciar al pecado y dar vuestra fe a Cristo, con María, levantad pues, la cabeza, y reconoced con Ella la predilección de Dios por los humildes, por los hambrientos, por los que practican el amor (cf. Lc 1, 46-55).

Yo os encomiendo a Ella a todos y cada uno, obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, originarios de este país o venidos como misioneros, seminaristas tan numerosos, pueblo fiel y probado de este hermoso país de Haití, que cuenta con tantos jóvenes, también a vuestros compatriotas emigrantes o exiliados. Le pido que interceda por vosotros ante su Hijo para que os conceda una vida tranquila y verdaderamente digna.

"Haitianos tou patou, mouin aveék noy. Mouin béni nou aktout koeur mouin. Kouraj! Kinbé fè-m! Bon Dieu Gran mèt la avèk nou! Jesu-Kri sé frè nou! Léspri Sin se limiè nou. Mari sé manman nou!"

(Haitianos todos, yo estoy con vosotros. Os bendigo de todo corazón. ¡Animo! ¡Tened valor! ¡Dios está con vosotros! ¡Jesucristo es vuestro hermano! ¡El Espíritu Santo es vuestra luz! ¡Y María es vuestra Madre!).

Pido a Dios que os bendiga, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amén.

## 2.12. Alocución a los obispos del CELAM

Amados hermanos en el Episcopado: Os invito a uniros a mi ferviente agradecimiento a la Divina Providencia por haber querido que culminara con este acto mi viaje apostólico a la zona de América Central, que he querido visitar respondiendo a un verdadero impulso del corazón.

Circunstancias de personas, de tiempo y de lugar hacen este encuentro particularmente precioso para mí. Las personas son las vuestras, miembros directivos o delegados a esta reunión del Consejo Episcopal Latino Americano. El tiempo

u ocasión es la apertura de la XIX asamblea general del CELAM. El lugar, esta isla a cuya parte oriental llegó Cristóbal Colón hace casi medio milenio, descubriendo el Nuevo Mundo, al que vino a la vez la luz del Evangelio.

Al tener la alegría de entretenerme con vosotros —como hermano mayor entre los hermanos—, quiero reflexionar con vosotros sobre algunos puntos que nos sugieren las presentes circunstancias.

## I. SER OBISPO HOY EN AMERICA LATINA

Vosotros representáis a los casi setecientos obispos de Latinoamérica, los padres y guías de una grey que dentro de poco constituirá casi la mitad de los católicos de todo el mundo. Con vuestra dedicación, en medio a no pocas dificultades, sacrificios y renunciaciones, cumplís la misión que el Buen Pastor os encomendó para la salvación de vuestros fieles.

Sois las cabezas visibles de otras tantas Iglesias particulares diseminadas a lo largo y a lo ancho de este subcontinente, deseosas de ser fieles a vuestro exigente cometido de obispos en el actual momento de América Latina.

### 1. Obispos de un pueblo profundamente religioso

Hace cuatro años, los obispos presentes en Puebla trataron de examinar en profundidad las características del pueblo del que el Señor los constituyó pastores.

Un pueblo profundamente religioso, que pide el pan de la Palabra de Dios, pues en Él pone su confianza. Un pueblo cuya religión, en su forma cultural más característica, es expresión de la fe católica. Por eso se ha podido decir que, a pesar de las deficiencias presentes, la fe de la Iglesia ha sellado el alma de América Latina, constituyéndose matriz cultural del continente.

Por eso no se puede ser hoy obispo en América Latina sin tener presentes estos hechos. Ellos dan a vuestros países una fisonomía que los distingue de otros países.

Vuestros pueblos, marcados en su íntimo por la fe católica, imploran la profundización y fortalecimiento de su fe, la instrucción religiosa, el don de los sacramentos, todas las formas de alimento para su hambre espiritual.

Sin embargo —hay que darse también cuenta de ello con humilde lucidez y realismo—, problemas graves pesan sobre este pueblo desde el punto de vista religioso y eclesial: la crónica y aguda escasez de vocaciones sacerdotales, religiosas y de otros agentes de pastoral, con el consecuente resultado de ignorancia religiosa, superstición y sincretismo entre los más humildes; el creciente indiferentismo, si no ateísmo, a causa del hodierno secularismo, especialmente en las grandes ciudades y en las capas más instruidas de la población; la amargura de muchos que, a causa de una opción equívoca por los pobres, se sienten abandonados y desatendidos en sus aspiraciones y necesidades religiosas; el avance de grupos religiosos a veces carentes de verdadero mensaje evangélico y que con sus métodos de actuación poco respetuosos de la verdadera libertad religiosa ponen serios óbices a la misión de la Iglesia católica y aun de las otras confesiones cristianas.

El obispo latinoamericano no puede dejar de examinar este amplio cuadro de exigencias pastorales. Lo hará con el temor que inspira la clara conciencia del deber asumido ante la Iglesia, pero al mismo tiempo con viva confianza en los recursos de la gracia. Así se colocará ante esa muchedumbre de pequeños que piden ansiosamente el pan de la Palabra, del conocimiento de Dios, del aliento espiritual, del pan de la Eucaristía, para distribuir el cual faltan dramáticamente ministros (cf. Lam 4, 4).

### 2. Obispos entregados a su misión espiritual

Ser obispo hoy en América Latina es buscar, muchas veces, aun a costa de altas dosis de tiempo, de salud, de talento, respuestas adecuadas a esa ansiosa búsqueda espiritual de todo un pueblo; para evitar que ese pueblo pudiera mendigar en otros sitios el pan que acaso no encontrará en su Iglesia o en sus pastores.

No es éste el lugar para profundizar en temas que ya he tratado en otros momentos de este viaje apostólico. A vosotros y a vuestros hermanos obispos, solidarios en mis sufrimientos y consolación (cf. 2 Cor 1, 7), os confío el conjunto de reflexiones y orientaciones pastorales sembradas durante los pasados días, y que pueden ayudar a la Iglesia en todo el subcontinente. A vosotros dejo el cuidado de hacerlas fructificar más profundamente en el terreno fecundo de vuestras Iglesias.

Pero no puedo menos de aludir concretamente a algunas importantes tareas, típicamente episcopales, que bastarían para llenar la acción pastoral de un obispo y que, al contrario dejarían un vacío si no fueran cumplidas debidamente. Me refiero, como podéis fácilmente imaginar:

—a la convocación de numerosos y calificados jóvenes y a su cabal formación al sacerdocio o a la vida religiosa;

—al máximo cuidado a prestar a los laicos para procurar su activa inserción en la Iglesia y su eficaz acción en la sociedad;

—a la catequesis, instrumento único para la educación en la fe de las futuras generaciones, que la oriente a un dinamismo social;

—a la preocupación pastoral por la familia.

Para lograr todo eso, ser obispo hoy en América Latina consistirá siempre, y con creciente urgencia, en ser ante todo predicadores de la Palabra revelada. Os exhorto a hacerlo, hermanos queridos, no sólo predicando doctrinalmente, sino también —ya que cada obispo es “distribuidor de la Palabra de la verdad” (2 Tim. 2, 15)— tratando de que, con la ayuda de vuestras Iglesias, la Palabra de Dios no se vuelva escasa (cf. 1 Sam. 3, 1).

Y en esta trascendental misión sed maestros y guías en la fe, proponiendo sin ambigüedades la doctrina de la Iglesia; vigilad con bondad y firmeza por su integridad y pureza, y eventualmente corregid las desviaciones doctrinales o morales que tanto daño y confusión crean entre los fieles. Sed asimismo santificadores de un pueblo gracias a Dios abierto al Absoluto de Dios y anhelante de respuestas de fe a las cuestiones que se pone sobre sí mismo, sobre la vida, el sufrimiento, la muerte, el más allá.

No ceséis de exhortar y convocar a vuestros sacerdotes para su misión, tan cercana a la vuestra. Preparad bien a los jóvenes que aspiran al sacerdocio ministerial, para que sean mañana servidores de su pueblo en sus necesidades espirituales, sin olvidar las de carácter material. Llamad a la conciencia de los religiosos y religiosas para que, con su carisma propio, con la plena disponibilidad que les asegura su consagración y con el testimonio de su vida marcada por la adoración, el espíritu de las bienaventuranzas y la dimensión escatológica, aporten su indispensable contribución a la evangelización de estas gentes, sedientas de valores sobrenaturales.

Será su cruz para un obispo en América Latina, pero constituirá también su más gratificante tarea, consagrar su tiempo, sus energías, sus dones de espíritu y de corazón, a construir —aun en medio a tribulaciones, carencias y dificultades— comunidades cristianas, pobres quizá en recursos humanos, pero ricas en fe y en una inagotable caridad.

3. Obispos para un pueblo que sufre. Ser obispo hoy en América Latina es también sentirse pastor de un pueblo que en los últimos años ha conocido ciertamente notables progresos materiales y que comienza a ofrecer al mundo el resultado de sus esfuerzos en muchos campos de la civilización, pero que conoce todavía —y ésta es su contradicción radical— inmensas zonas de miseria, de analfabetismo, de enfermedad

de marginación. Un análisis sincero de la situación muestra cómo en su raíz se encuentran hirientes injusticias, explotación de unos por otros, falta grave de equidad en la distribución de las riquezas y de los bienes de la cultura.

A este problema se añade otro de igual gravedad: la historia reciente hace ver con frecuencia que, sea por idealismo mal orientado, sea por presión ideológica, sea por interés de partido o de sistemas dentro del juego de las hegemonías, muchos jóvenes ceden a la tentación de combatir la injusticia con la violencia. Y así, al querer reprimirla con otra violencia, se desencadena el proceso que a todos nos apena e inquieta.

Vuestra sensibilidad pastoral os sugiere —y en esto os confirman las orientaciones de Puebla— que en medio a las extensas masas de pobres que constituyen en gran parte vuestras Iglesias, los más pobres deben tener una preferencia en vuestro corazón de padres y en vuestra solicitud de pastores. Pero sabéis y proclamáis que tal opción por ellos no sería pastoral ni cristiana si se inspirase en meros criterios políticos o ideológicos, si fuese exclusiva o excluyente, si engendrara sentimientos de odio o de lucha entre hermanos.

Las Iglesias de todo el mundo os están agradecidas por el testimonio que dais de una opción que consiste en estar cerca de los más pobres, sin excluir a nadie, para enseñarles a superar lo que sea indigno del hombre. Para enseñarles a progresar, no para volverse ricos puramente, sino para ser más.

Os invito a ser paternalmente sensibles al sufrimiento de vuestros fieles e hijos más pobres y abandonados. A hacer que, como la de Roma, vuestras Iglesias "presidan" ellas también, según su capacidad, "a la caridad". Que vuestras comunidades, con sus presbíteros y diáconos al frente, sean cada vez más promotoras de desarrollo humano integral, de justicia y equidad, en beneficio ante todo de los más necesitados. Que crezcan la comunión y la participación. Que las tareas temporales de la justicia, de la paz, del bienestar, de la instrucción y la educación, de la salud y del trabajo cuenten siempre con laicos bien preparados y seguros, porque reciben oportunamente la luz de la fe y el apoyo espiritual que, en virtud de vuestra ordenación, vosotros y vuestros sacerdotes nunca les negáis.

#### 4. Obispos constructores de unidad

En medio a los conflictos, al círculo vicioso de la muerte, al drama de la violencia que ya hizo correr tanta sangre inocente, sean los obispos esos "principios, signos e instrumentos de comunión" que el Concilio reconoce en ellos.

No siempre, desgraciadamente, lograréis derribar el muro de la separación (cf. Ef. 2, 14); pero como hombres a quienes "fue confiado el ministerio de la reconciliación" (cf. 2 Cor. 5, 18), jamás vuestra palabra o vuestros gestos deberán alargar las divisiones o agravar las rupturas.

Trabajad siempre, en la medida de vuestras posibilidades, con sabiduría y paciencia, en favor de la concordia y la paz.

Sea vuestra presencia y actividad de pastores estímulo constante y ayuda para la reconstrucción de esa paz que supera los conflictos.

## II. EL CELAM

Encontrándoos reunidos vosotros, obispos, para una asamblea del CELAM, siento el deber de dirigir una palabra, aunque breve, a este propósito.

He tenido la alegría de dirigir un saludo particular a los miembros de este organismo eclesial con ocasión del 25 ani-

versario de su fundación, en la misma ciudad donde nació: Río de Janeiro. Lo hago de nuevo al tener este encuentro con sus responsables y delegados, congregados para una importante reunión de trabajo.

El CELAM tiene indudablemente en la Iglesia un lugar especial por su originalidad. Las características geo-sociales de América Latina favorecieron el nacimiento y propician la existencia de este organismo, difícilmente realizable en otros continentes.

Es superfluo decirnos con qué interés y atención acompañamos sus programas y actividades.

Todos tenemos bien presente que el CELAM no es ni puede ser una super-conferencia; no sustituye ni desplaza a las diversas conferencias episcopales en sus competencias y responsabilidades. Es, por su naturaleza y por su primigenia definición, un servicio a esas conferencias, en la línea de las exigencias y necesidades que éstas presentan.

Sin embargo, los casi veintiocho años de existencia y actuación han demostrado cuán precioso es este servicio; por eso mismo el CELAM se ha convertido en un punto de encuentro, donde los pastores tienen la posibilidad de reunirse para intercambiar experiencias, ayudarse mutuamente y animarse unos a otros en la común brega pastoral. En esa línea de servicio, sucede también que, prescindiendo de connotaciones jurídicas, el CELAM sirva de punto de referencia o espacio de coordinación pastoral en beneficio de una u otra conferencia episcopal o de los obispos individualmente considerados.

Quisiera animaros a llevar adelante, sin desmayos, la vocación y misión de esta institución eclesial. Que no cesen de perfeccionarse y crecer en eficacia sus estructuras ni de clarificarse sus objetivos. Organicen cada vez mejor los departamentos, secretariados e institutos. Y tengan siempre las personas que en él trabajen, la convicción de servir a una digna causa de la Iglesia.

Invoco la bendición divina sobre los trabajos que comienzan, dando gracias a Dios por cuanto este organismo ha hecho a lo largo de sus veintiocho años de vida. Y al expresar mi gratitud a los dirigentes que terminan ahora sus mandatos, pido al Señor que ilumine a quienes tomarán en sus manos los destinos del CELAM para que lo conduzcan por los caminos de fiel servicio a la Iglesia en América Latina, en espíritu de comunión y leal colaboración con la Iglesia universal y con el sucesor de Pedro.

## III. OBISPOS PARA UNA RENOVADA EVANGELIZACIÓN.

Y ahora, hermanos obispos, desde estas tierras que vieron el alba de la fe en el Nuevo Continente es natural que evoque "la obra evangelizadora de la Iglesia en América Latina", iniciada con el descubrimiento. Obra erizada de dificultades, marcada por limitaciones y lagunas, pero también por generosos y admirables logros.

Mirando hoy el mapa de América Latina, con más de 700 diócesis, su personal insuficiente, pero entregado; sus cuadros y estructuras, sus líneas de acción, la autoridad moral de la que disfruta la Iglesia, hay que reconocer en ello el fruto de siglos de paciente y perseverante evangelización.

Cinco siglos casi exactos. De hecho, el año 1992, ya bastante próximo, señalará el quinto centenario del descubrimiento de América y del principio de la evangelización.

Como latinoamericanos, habréis de celebrar esa fecha con una seria reflexión sobre los caminos históricos del subcontinente, pero también con alegría y orgullo. Como cristianos y católicos, es justo recordarla con una mirada hacia

estos quinientos años de trabajo para anunciar el Evangelio y edificar la Iglesia en estas tierras. Mirada de gratitud a Dios por la vocación cristiana y católica de América Latina y a cuantos fueron instrumentos vivos y activos de la evangelización. Mirada de fidelidad a vuestro pasado de fe. Mirada hacia los desafíos del presente y a los esfuerzos que se realizan. Mirada hacia el futuro para ver cómo consolidar la obra iniciada.

La conmemoración del medio milenio de evangelización tendrá su significación plena si es un compromiso vuestro como obispos, junto con vuestro presbiterio y fieles; compromiso no de reevangelización, pero sí de una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión.

A este propósito permitidme que os entregue, sintetizados en breves palabras, los aspectos que me parecen presupuestos fundamentales para la nueva evangelización.

El primero se refiere a los ministros ordenados. Al terminar su medio milenio de existencia y a las puertas del tercer milenio cristiano, la Iglesia en América latina necesitará tener una vitalidad que será imposible si no cuenta con sacerdotes numerosos y bien preparados. Suscitar nuevas vocaciones y prepararlas convenientemente en los aspectos espiritual, doctrinal y pastoral es, en un obispo, un gesto profético. Es como adelantar el futuro de la Iglesia. Os encomiendo, pues, esa tarea que costará desvelos y penas, pero traerá también alegría y esperanza.

El segundo aspecto mira a los laicos. No solamente la carencia de sacerdotes, sino también y sobre todo la auto-comprensión de la Iglesia en América Latina, a la luz del Vaticano II y de Puebla, hablan con fuerza sobre el lugar de los laicos en la Iglesia y en la sociedad. El aproximarse el quinientos aniversario de vuestra evangelización debe encontrar a los obispos, juntamente con sus Iglesias, empeñados en formar un número creciente de laicos, prontos a colaborar eficazmente en la obra evangelizadora.

Una luz que podrá orientar la nueva evangelización —y es el tercer aspecto— deberá ser la del documento de Puebla, consagrado a ese tema, en cuanto impregnado de la enseñanza del Vaticano II y coherente con el Evangelio. En este sentido es necesario que se difunda y eventualmente se recupere la integridad del mensaje de Puebla, sin interpretaciones deformadas, sin reduccionismos deformantes ni indebidas aplicaciones de unas partes o eclipse de otras.

Que estos próximos años que os acercan a hechos tan significativos os encuentren, queridos hermanos, llenos de confianza en un nuevo esfuerzo evangelizador.

Sean prenda y garantía de éxito en esta misión las tres características que distinguen la piedad de vuestros pueblos: el amor a la Eucaristía, la devoción a la Madre de Dios, la unión afectuosa al Papa, como sucesor de San Pedro.

Os acompañe en este camino la bendición apostólica que de corazón os imparto. Así sea.

